

*Un día en la historia con  
Eusebio Leal Spengler*

Si bien no necesita justificarse con palabras, porque su obra de La Habana Vieja habla por sí misma, el Historiador de la Ciudad consintió noblemente en concederme esta entrevista.

«¿Cómo había logrado construirse sus propias circunstancias?», «¿qué sentimientos más recónditos lo animan en su incansable quehacer?», eran algunas de las interrogantes que —como trasfondo— se me planteaban al intentar abordar su personalidad.

Al final quedó esta secuencia de preguntas y respuestas. Ojalá ella logre transmitir el por qué me enorgulleceré siempre de haber sido colaborador suyo por más de una década... de estar al lado de Eusebio Leal Spengler aunque sea apenas un día en la historia de Cuba.

*por ARGEL CALCINES*



*U*sted suele comparar la Historia con una suerte de bola de cristal, lo que podría sugerir la idea de que el historiador tiene acceso a ciertas verdades que le serían reveladas a modo de oráculo. ¿Cree usted realmente en que, conociendo la Historia, podemos buscar la explicación de las cosas y hasta arriesgarnos a realizar pronósticos? ¿O se trata sólo de una simple metáfora para expresar nuestra necesidad de asomarnos al pasado, como a una esfera de vidrio, ante la imposibilidad de predecir el futuro con certeza?

No echemos a un lado la metáfora. Toda metáfora siempre es hermosa porque es tentadora como poesía y, sobre todo, como enigma. Si mal no recuerdo, fue Aristóteles el que dijo: «La Poesía es más verdadera que la Historia, porque ésta dice las cosas cómo fueron, y la Poesía, cómo debieron ser».

Pero lo cierto es que existe la realidad de las experiencias vividas en el curso de generaciones, en épocas diferentes, en condiciones geográficas distintas... vivencias que el ser humano acumula a manera de conocimiento.

Imaginemos que estamos en una farmacia donde hay una serie de albarellos que tienen señalados un contenido venenoso activo. La búsqueda de la experiencia indispensable, la que cada generación debe vivir, no pasa necesariamente por tener que abrir uno de esos frascos y probar el veneno.

Yo pienso que es necesario reconocer que ciertas nociones del conocimiento histórico son válidas, independientemente de que es muy difícil hacer pronósticos a partir de ellas, siempre es muy difícil.

Todo está sujeto a leyes, dicen los clásicos, excepto el azar. El azar lo complica todo: ingresa de pronto en el cuadro de batalla y se convierte en el factor del triunfo o la derrota. Por consiguiente, es muy importante tener en cuenta el precedente, pero dejar un espacio siempre para el azar, que puede hacer prodigios o crear espantos.

*¿Es cierto que, cuando niño, usted acostumbraba a escarbar en los patios y solares, buscando objetos que resultaran pequeñas joyas enterradas? ¿Sería esa costumbre una prueba temprana de su vocación por la arqueología y el coleccionismo?*

Más que hurgar en solitario, retraídamente, tuve siempre una inclinación a tratar con personas mayores, aunque —por supuesto— también me gustaba estar en compañía de otros niños.

Yo registraba en baúles, armarios... buscando cosas sorprendentes. Lo más interesante es que muchas veces esos objetos que encontraba o que me ofrecían, estaban ya como desahuciados: «eso lo iba a botar; si tú lo quieres...»; «esto está roto, pero si tú lo puedes restaurar...» Eran fórmulas que se repetían continuamente. De esa manera comencé a hacer mis pequeñas colecciones. Aún conservo algunos objetos que rehice o restauré con mis propias manos o busqué por caminos disímiles: una cerámica, una pintura...

Y así no solamente tenía esa costumbre, sino que comencé a conocer las amistades que me acompañaron durante toda la vida.

No sé por qué los objetos tienen una extraña relación con sus poseedores; cuando se separan de ellos, empiezan a morir. Es el misterio del abanico: mientras está en la mano de una mujer, se mueve y vive; cuando ingresa en la vitrina de un museo, comienza una larga agonía que no sabemos cómo evitar.

Exactamente pasa con los libros. Veo llegar un libro, con un *ex libris*, con una dedicatoria, con una firma... y me pongo a meditar: cuán amado fue este libro; qué conocimientos, alegrías o tristezas aportó a su poseedor; por qué extrañas razones ha caído en mis manos...

Todo ello lo he comprendido luego con más claridad cuando he visto que, al desaparecer las personas, muchas de sus pertenencias no son apreciadas por sus herederos. A veces, simple y llanamente, van al mercado. Otras, al basurero.

*Cuando ha mencionado sus lecturas infantiles, usted nunca olvida aquel libro que —según ha narrado— «la maestra puso en mis manos como un aliento, después de decirme, con voz grave, que había suspendido el tercer grado»: Corazón, de Edmundo de Amicis.*

*¿Hasta qué punto esa obra influyó en su vida, teniendo en cuenta que entonces se encontraba en un momento difícil?*

*Si aquel niño reprobado fuera uno de los que hoy habitan en La Habana Vieja, ¿cómo se imaginaría a sí mismo —por ejemplo— en una de las aulas-museo que usted mismo ha creado?*

Quizás todo lo que hacemos es un reflejo de los dolores, de las carestías, de las alegrías y tristezas... que una vez tuvimos en la infancia. Así, por ejemplo, me fascinaron siempre los soldaditos de plomo, y terminé creando una pequeña fábrica. O, por citar otro ejemplo: me encantan los jardines. Siempre quería tener cerca un pequeño arbolito, algo que sembrar... tal vez inspirado por aquella bella tradición escolar de crear un germinador para ver el misterio de la semilla transformándose en una planta. Después he cultivado muchos jardines, y me ha alegrado muchísimo permanecer a la sombra de los árboles que planté.

Así sucede con las aulas-museos, donde los niños de La Habana Vieja, muchos de los cuales viven en condiciones precarias, reciben sus clases en un entorno amable que alienta su curiosidad, imaginación y gusto por la belleza.

*Corazón* es un libro muy importante para mí, que comprendí en toda su dimensión cuando luego leí la historia de Edmundo de Amicis, de la Italia de aquel entonces. El pueblo italiano es muy sensible y hasta romántico en su forma de hacer. Su historia ha sido hermosa y, a veces, trágica. Su lucha por alcanzar su unidad acompaña prácticamente la historia de Cuba en el tiempo.

*Corazón* es de esas pequeñas obras maestras como *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, que dejan honda huella en el lector niño,

que te hace derramar lágrimas, que sientes como algo tuyo... En aquel momento, recibir aquel libro fue una compensación.

Si supieras: hace unos días encontré un ejemplar de la misma edición que me regaló mi maestra y que había perdido lamentablemente. Cuando abrí las páginas, al ver las ilustraciones, sentí una extraña emoción... Es un libro abierto, como su mismo nombre lo indica: *Corazón*. Un libro para disfrutar íntimamente, para llorar y soñar... para sentir esperanzas de vivir.

*En su libro Fiñes, que ha dedicado «a Silvia», su madre, se denota un afán por justipreciar el aporte de aquellas escuelitas públicas de la etapa republicana a la formación de valores como el respeto por los símbolos patrios, el amor a los próceres, la conducta cívica, la solidaridad...*

Mi vida escolar fue muy breve; se desarrolló en varios ámbitos por pequeños tiempos: primeramente, en casa de Blanca Sander, viuda de Aróstegui, quien vivía frente a la calle en que yo nací: Hospital 660. Ella era una anciana que recogía a los niños del barrio. Había sido una maestra formada durante la primera ocupación norteamericana, de aquel grupo que llevaron a Estados Unidos siguiendo a *mister* Alexis E. Frye...

*El programa de instrucción pública en cuyo diseño participó Enrique José Varona...*

Exactamente. Blanquita nos enseñó la cartilla, que comenzaba con aquella palabra: Cristo. Éste sí es un recuerdo inmediato, casi de los primeros pasos de mi vida. Pero comienzo realmente mi vida escolar —el kindergarten— en la escuela pública Ramón Rosaín, que estaba en la Calzada de Monte, con la maestra Migdalia Pino Santos. Recuerdo el enigmático retrato de Froebel en una de las

paredes de aquella casona enorme donde se enseñaba la educación primaria. Su directora era la venerable maestra Modesta Ramírez.

Allí mi madre era conserje de un cierto número de aulas, que se iba ganando después de reclamaciones tremendas, porque había muchas mujeres igualmente necesitadas que pujaban para tener un aula más y poder ganar otro poquito de dinero. La cantidad superior que llegó a ganar mi madre en esa escuela fue 32 pesos mensuales. Además de las aulas que le tocaban, tenía que limpiar los baños por la mañana.

De allí paso a un pequeño colegio privado con grandes pretensiones: el Instituto Panamericano, en Hospital entre Jesús Peregrino y Carlos III. Tendría 40 ó 50 alumnos, todos niños del barrio, y permanecí en sus aulas hasta que mi mamá pudo pagar la matrícula.

Su claustro estaba formado por aquellos maestros normalistas que se caracterizaban por su acendrada cubanía y que, para formar a sus alumnos, aplicaban ciertas reglas que estaban más allá de todo decálogo escrito.

Recuerdo a su directora, Angelina Borges, y a aquella maestra —bellísima, por cierto— que se llamaba Silvia como mi madre... a Silvia Oliva. Fue ella la que me regaló *Corazón* como una manera de compensarme tras mi fracaso escolar.

Creo que influyó en mi desaprobado la conducta de estar hablando siempre en clases, de estarme levantando, de estar haciendo dibujitos... Mi gran problema es que para los trabajos manuales nunca estuve dotado. Yo no sabía doblar el papel o la cartulina; nunca lograba acertar en hacer el pajarito ni el reguilete, o cumplir las tareas con papelitos de colores que se compraban en una quincalla próxima...

Solamente me interesaban algunas asignaturas como la geografía, la historia, las ciencias naturales, la moral y cívica... Me encantaban las imágenes del libro de geografía, lo cual también era otro dilema porque esos manuales había que comprarlos todos los años.

De ahí me aficioné a ir a una librería de viejos que estaba detrás de lo que sería después la gran Logia Masónica de Cuba, exacta-

mente detrás. Allá íbamos todos los años a comprar los libros que, poco antes, habían dejado los alumnos del curso anterior, o los recibíamos de alguna familia que nos hacía el favor de prestarnos esos cuadernos que costaban muy caros.

Por esa época matriculé en la Sociedad Económica de Amigos del País, y comencé a visitar asiduamente su excelente biblioteca en el Paseo de Carlos III, que pasó a ser el destino de mis itinerarios habituales por el barrio.

Durante esas salidas, veía de vez en cuando al profesor Carbel, que vivía en la esquina de mi casa y se consideraba todo un astrólogo, con su barba impresionante que metía miedo, envuelto en un traje de paño negro. Su lema era: «Los astros inclinan, pero no obligan».

*¿Cuándo tiene lugar su acercamiento a la Biblia y su profesión del cristianismo?*

Fue precisamente en ese colegio privado, a partir del momento en que llegaron unos predicadores Carmelitas Descalzos con el propósito de adoctrinar a los niños. Como la directora, Angelina, era católica, accedió a que nos dieran el catecismo, lo cual no podía hacerse en las escuelas públicas porque eran laicas.

Llegó entonces el momento de hacer la primera comunión y, habiéndome aprendido de memoria las oraciones más difíciles —entre ellas, el Credo—, resultó que mi madre no tenía dinero para pagar el traje y todo lo que conllevaba esa tradición.

Más tarde, al reflexionar seriamente sobre el pensamiento social cristiano, consideré absolutamente inútil ese tipo de manifestaciones de orden material.

Ya todo estaba perdido, cuando apareció una buena mujer, Mercedes, y ella posibilitó que los niños como yo pudiesen alquilar —desde luego— uno de los modestos pero decorosos trajes de dril blanco que se ofertaban en la tienda «La Moda infantil».



Por cierto, al colegio también llegaban reclutando para los *Boys Scouts*, pero ahí sí que nunca pude ingresar porque se requería cierta cantidad de ropas, sombreros, medias, zapatos... y no regalaban nada. Por lo menos, a mí no me hicieron ese favor.

Entonces hice la comunión, y esa relación me llevó al conocimiento no solamente del catequista, el padre Eliseo, sino también de los demás religiosos y religiosas que venían con él.

*¿Usted apenas pudo cursar los estudios primarios hasta el cuarto grado?*

Cuando ya mi madre no pudo pagar ese colegio privado, me traslada a la Academia Gálvez, que no era más que un aula de primaria a cargo de unas maestras con ese apellido, llamadas Isolina y Arsenia. Allí, con aquellas dos buenas mujeres, pasé tercero y cuarto hasta asomarme al quinto grado.

Pero ya la situación en mi casa se había agravado y tuve que ir a trabajar. A partir de ese momento empezó una larga peregrinación. Es el mundo que trato de recoger en *Fiñes*: el vecindario y las amistades de mi mamá, en su totalidad gentes humildes que ejercían como costureras, lavanderas... el señor del hielo... la hija del cartero que vivía frente a mi casa, que tenía una mejor posición económica y se convirtió en una buena y querida amiga nuestra.

De ese pequeño círculo de amigos, algunos fueron alejándose en la medida en que cada cual tomaba su propio camino. Prácticamente dispersos por el mundo, todavía de ellos me llega —de vez en cuando— alguna noticia. Unos pudieron acceder a la educación superior; otros, no.

En mi caso, tras abandonar la escuela por imperiosa necesidad económica, desempeñé varios trabajos con apenas 14 ó 15 años: mandadero en una bodega, vendedor de café a domicilio, custodio en unas casitas cerca de Mazorra..., mientras pasaba un curso

mínimo de mecanografía y taquigrafía en una institución que se llamaba Academia Morales.

Ya con el título de mecanógrafo enrollado bajo el brazo, ingreso en la oficina privada de un comerciante en Luyanó, pero todo lo hacía tan mal que duré muy poco tiempo allí. Entonces paso a trabajar como mensajero en una farmacia del Hospital Calixto García.

Eso sí, nunca había perdido mi sed de conocimientos, sino que se acrecentaba. Es justamente durante ese período de mi vida en que, a partir de las anécdotas que había escuchado, del contacto con la gente más vieja, comienzo a interesarme mucho por los objetos antiguos, por la arqueología. Buscábamos en cualquier placer para hallar alguna cosa que nos pareciera interesante. También era fascinante para mí adentrarme en los tesoros de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, adonde había comenzado a asistir después de la comunión, o sea, desde que tenía 11 ó 12 años de edad.

*Cuando voy por la calle Neptuno, acercándome a Infanta, siempre me ha fascinado ver la enorme escultura de la Virgen del Carmen en lo alto de esa iglesia.*

Es uno de los templos más monumentales y hermosos de nuestra ciudad. Construido en 1927 en un estilo ecléctico, posee retablos barrocos del siglo XVIII que pertenecían al antiguo Oratorio de San Felipe de Neri, donde los Padres Carmelitas radicaron desde 1887 hasta que fue desamortizado. También hay que tener en cuenta que las monjas de esa congregación estaban en Cuba desde principios de 1700.

Por lo que, al deambular por los claustros de la iglesia del Carmen y fisgonear en los trasteros o sumergirme en sus sótanos —había una especie de gran subterráneo donde montábamos obras de teatro, recitábamos poemas...—, no era extraño que descubriese cuadros maravillosos con inscripciones enigmáticas, lámparas, sagrarios y esculturas

que llamaban poderosamente mi atención. Quizás ello haya influido en mi vocación de anticuario.

*¿Es ahí donde se vincula a Juventud de Acción Católica?*

Acción Católica estaba dividida en ramas: había una juventud estudiantil, en la que yo obviamente no podía ingresar; una juventud obrera, compuesta rigurosamente por trabajadores, y una juventud parroquial, de la cual formé parte.

Algunos jóvenes católicos estábamos identificados con el movimiento revolucionario y escuchábamos a una serie de líderes de nuestra parroquia, incluidos seculares —entre ellos, bancarios y abogados— que se reunían para hablar sobre política.

Ingreso en Acción Católica en 1957 en medio de la situación creada después del asalto al Palacio Presidencial. Me acuerdo que ya era de noche cuando terminamos el acto de iniciación, cuya ceremonia se había efectuado en el colegio La Salle de Marianao, y la policía detuvo el carro en que regresábamos. Por suerte, con nosotros iba el hermano Adelino, quien convenció a los guardias de que éramos jóvenes feligreses.

También debo reconocer que, junto a ese sentimiento antibatistiano, comulgaba yo con mis correligionarios en un anticomunismo radical, influido sobre todo por aquellos frailes españoles que habían vivido los acontecimientos de la Guerra Civil en España.

*Usted tenía apenas 15 años y, sin embargo, ya había madurado políticamente.*

En mi caso, todavía siendo un niño, había sentido la repercusión de acontecimientos conmovedores que fueron como un presagio de la Revolución. Al vivir mi madre y yo en Hospital 660, y, luego, en la calle San Francisco, estábamos muy cerca del Hospital de Emergen-

cias (Hospital General Freyre de Andrade), por lo que éramos testigos del clima de tensión que generaba cualquier situación crítica.

Recuerdo el asesinato en 1948 de un alto funcionario gubernamental, Noel Salazar, y su hermano Wichy, por un gángster llamado Policarpo Soler, quien se fugaba de todas las prisiones —la última vez del Castillo del Príncipe— gracias a la anuencia de los políticos corruptos. También el atentado mortal a una figura muy importante: Alejo Cossío del Pino, en los días previos al golpe de Estado que dio Batista el 10 de marzo de 1952.

En medio de todo eso se definía muy claramente una línea que se apartaba de aquellos sucesos ligados a la corrupción, a la decadencia de Cuba, y que cobró un renovado sentido cívico tras el asalto al Cuartel Moncada.

Acabo de mandar a monseñor Carlos Manuel de Céspedes unas fotos inéditas en las que aparecen los asaltantes —entre ellos, Fidel— asistiendo a misa y recibiendo la bendición de las monjas y sacerdotes que los visitaron en la cárcel, principalmente en Isla de Pinos. Pueden verse en esas imágenes a sor Mercedes Álvarez y el padre Hilario Chaurrondo, los cuales dirigían los servicios religiosos conocidos entonces como «obra social del preso».

*¿Usted simpatizaba con el Movimiento 26 de julio?*

Nuestro referente, en un primer momento, fue la ACU (Agrupación Católica Universitaria), cuyos miembros habían intentado alzarse y algunos fueron asesinados por la dictadura batistiana, el 9 de abril de 1958, después de ser detenidos en el Vedado, en una casa de la calle 19, donde actualmente hay una tarja que recuerda sus nombres: Luis Morales, Ciro Hidalgo y Juanito Fernández.

Ellos eran nuestros héroes, como lo fueron también René Fraga Moreno y José Antonio Echevarría, quien pide el favor de Dios para la causa revolucionaria en su manifiesto-testamento, la víspera

de su caída en combate tras el asalto al Palacio Presidencial, el 13 de marzo de 1957.

Enfrente de la iglesia del Carmen había un café, adonde íbamos después de salir de la misa, y en ese mismo lugar se reunían los estudiantes de la Universidad, cuyo mundo no me era totalmente ajeno, pero sí distante e inalcanzable.

Un día, allí, en ese café, con profundo misterio me dijeron que estaban algunas de las cabezas más importantes del movimiento estudiantil, entre ellos, José Antonio.

Recuerdo después las grandes batallas en Infanta y San Lázaro, cómo los estudiantes y la gente corrían a refugiarse dentro de la iglesia antes de que se cerrasen sus enormes puertas de caoba. Hubo una vez en que la policía entró en el templo, y los frailes salieron reclamando que no se profanase el lugar santo.

Pero es en el barrio de La Salud —el viejo barrio de Guadalupe— donde tiene lugar un encuentro muy importante para mí, gracias a la mediación del padre Ángel Gaztelu.

Allí se encuentra la iglesia de Nuestra Señora de la Caridad, donde el padre Boza Masvidal y otros sacerdotes hacían proselitismo político. Yo nunca había visitado aquella zona, repleta de puestos de frituras, carretillas de frutas, tiendas que vendían sillones, muebles, lámparas..., así como objetos relacionados con los cultos sincréticos africanos: muñecas, abalorios, caladores...

Y por ahí, serpenteando por esas calles, fui a parar a un mercado, que ya hoy no existe. En el interior de ese mercado estaba el verdadero punto y epicentro de la actividad revolucionaria: una imprenta. Cuando llegué, su dueño —o al menos actuaba como si lo fuera— leía sentado frente a las máquinas. El libro era *Los miserables*, de Víctor Hugo. Ese hombre era católico practicante y uno de los más prestigiosos líderes del movimiento revolucionario, jefe de Acción y Sabotaje del Movimiento 26 de julio en la capital: Sergio González, El Curita.

*Le decían así porque había sido seminarista, ¿no?*

Sí, había estudiado en el Seminario de San Basilio el Magno, de Santiago de Cuba, y, como sabes, fue salvajemente asesinado pocos días antes de la huelga general del 9 de abril de 1958.

Respondiendo a aquel llamado, nosotros actuamos para que no abrieran las escuelas del barrio; tocábamos a las puertas de muchos comercios instando a sus dueños para que cerraran...

Por ese tiempo, como ya he dicho, yo trabajaba como mensajero de la farmacia del señor Morel en el Hospital Calixto García, donde se vivía con mucha intensidad lo que estaba ocurriendo porque para allí llevaban los muertos y heridos en las manifestaciones.

Mi trabajo en esa farmacia, así como otras pequeñas labores, me hacían recorrer continuamente ese camino misterioso que es la calle Ronda, a un costado de la Universidad. Subía por ese callejón solitario hasta la clínica de Ledón Uribe, adonde llevaban a los estudiantes cuando eran heridos.

*¿Pensó usted alguna vez seguir la carrera sacerdotal?*

Nunca. Precisamente el día de iniciarme en Acción Católica, el hermano Adelino, quien había escuchado mis palabras en el colegio de La Salle, me preguntó por qué no ponía mi persona al servicio de la Iglesia.

Decididamente no fue mi vocación, pero era habitual que visitase el Seminario del Buen Pastor, en Arroyo Arenas, acompañando a mi padrino Ángel de Albear y Zúñiga. De modo que conocí a todos los seminaristas de aquella generación, entre ellos a algunos que llegaron a ocupar cargos muy importantes: prelados, rectores...

De aquella época data mi encuentro con Carlos Manuel de Céspedes y otros futuros sacerdotes, con los cuales después mantendría lazos más estrechos en mi vida cultural, intelectual, personal...

En resumen, podría decirte que mi óptica del mundo era religiosa, a pesar de que nunca pude ir a una escuela católica. Una vez me consiguieron una medio beca en el colegio de los Escolapios, que estaba en la calle San Rafael. Pero la idea del enclaustramiento me espantó luego de visitarlo con mi madre, quien —a fin de cuentas— no podía pagar ni siquiera esa media beca, por lo que me libré.

Soy cristiano por convicción y lo que queda en mí —además del sentido de la fe— es ese legado cultural, ese sentido ético y filosófico que identifico con figuras como el padre Félix Varela y otros sacerdotes que contribuyeron a la conformación de nuestra identidad.

También hay otros rasgos de mi carácter que debo a mi formación religiosa y, sobre todo, a alguien que fue mi mentor a la postre: el padre Fernando Azcárate y Freire de Andrade S. J., llamado después a ser Obispo auxiliar de La Habana y que falleciera en la residencia de la Compañía de Jesús en República Dominicana.

Así, junto a la piedad carmelitana, sedimentaron en mi fuero interno la disciplina y el rigor jesuíticos gracias a las enseñanzas de ese ilustre sacerdote, uno de los principales inspiradores del Encuentro Nacional Eclesial Cubano (1986), considerado un hito al iniciar una nueva etapa de relaciones entre la Iglesia y el Estado dentro del socialismo.

*¿Cómo recuerda los días del triunfo revolucionario en enero de 1959?*

Sinceramente: con una confusión de emociones, porque cuando uno es muy joven es muy apasionado. Y es que hay una página personal que nunca he descrito, pero que es como una sombra que se mueve detrás de mi mencionado libro *Fiñes*: la memoria de mi padre.

Mi padre no aparece nunca en esa historia. Mi padre llevó mi propio nombre. Yo llevo su nombre. Mi padre fue conquistado por sus amigos cuando ya estaba retirado de la policía para unirse a los

hombres de confianza que apoyarían el golpe del 10 de marzo, es decir, a Batista. Estaban en todas partes: en las estaciones de policía y, fundamentalmente, en los distintos estamentos del ejército, que era batistiano por antonomasia.

Él formaba parte de esa generación y, desde luego, yo no comprendía en ese momento la magnitud de todo aquello. Eso lo fui entendiendo después. De ahí que para mí sea un recuerdo siempre doloroso, que yo rechazaba mucho cuando era muy joven, cuando buscaba ansiosamente esa figura que era tan importante para mí, que fue tan decisiva en mi personalidad, al punto que cuanto me he propuesto en la vida, quizás, haya sido inspirado en esa relación controversial, en ese llevarle la contraria.

Aunque pude verlo muy pocas veces en mi vida, yo sentía una gran admiración por mi padre: poseía una bella voz; era un hombre muy fuerte, viril, con un concepto arraigado de la hombría... Y lo traté precisamente en el epílogo de aquellos tiempos convulsos. Una o dos veces.

Fue en ese momento cuando mi mamá decidió esconder en nuestra habitación a un primo paterno mío que estaba fugitivo por sus actividades revolucionarias. Mi padre se enteró, fue a buscarlo a la casa y, después de propinarle una profunda reprimenda a su sobrino —era hijo de su hermana, quien era mi madrina—, no solamente lo salvó sino que le dio los nombres de un grupo de jóvenes del Cerro que iban a ser apresados en sus casas. Entonces ese primo mío pudo ir y avisarles a sus compañeros.

No fue un acto solidario de mi padre con el movimiento insurreccional; fue el acto de un hombre encolerizado que, al mismo tiempo, me transmitía una admonición: nunca permitiría cualquier actitud mía favorable a la Revolución, aun cuando se viese obligado a comportarse violentamente.

Por todas estas razones, cuando se produce el triunfo revolucionario, junto a la sensación de alborozo, me acompaña la triste noticia de



que mi padre se ha marchado del país, a pesar de su baja categoría dentro del sistema. Huyó en la madrugada del primero de enero de 1959.

Aquella mañana, con el brazalete del Movimiento 26 de Julio, me uní a los milicianos que estaban en las bocacalles, cerrando las vías de comunicación... Fui a la Sexta Estación, que estaba cerca de mi casa, y allí estaban los policías, desconcertados ante la presencia de los revolucionarios. Entramos y revisamos lo que hasta ese momento era absolutamente inaccesible: los archivos.

De ahí que yo conserve, como un valioso recuerdo de esos días, las fichas policiales de Fidel y Raúl Castro.

*Al evocar sentidamente a su padre, me ha hecho recordar la hermosa definición de Juan Pablo II en su libro Memoria e identidad: «La expresión "patria" se relaciona con el concepto y la realidad de "padre" (pater). Esto explica con hondura el valor moral del patriotismo. Si se pregunta por el lugar del mismo en el decálogo, la respuesta es inequívoca: es parte del cuarto mandamiento, que nos exige honrar al padre y a la madre. Es uno de esos sentimientos que el latín incluye en el término pietas».*

Mi padre representaba un tiempo que se iba, y no se daba cuenta que yo me debatía entre dos realidades: mi admiración por su persona y la necesidad de —siendo apenas un adolescente— abrirme paso para crearme una historia personal sobre ese edificio que se derrumbaba.

Inevitablemente tuve que descansar en algunos pilares, el fundamental de los cuales fue Silvia, cuyos progenitores —mis abuelos maternos— se habían sumado al Ejército Libertador en Pinar del Río, en la zona más próxima a La Habana. Sus antepasados provenían del cantón suizo de Aargau y se habían asentado en la Sierra del Rosario, donde fomentaron cafetales. En cuanto a mi padre, sus progenitores eran labriegos canarios.

Ante todo, yo tenía que superar mis grandes limitaciones intelectuales, pues escribía con faltas de ortografía y me veía obligado a buscar soluciones alternativas para intentar suplir esa deficiencia, priorizando la palabra oral. Tuve que llenar grandes vacíos porque leía y estudiaba sólo lo que me gustaba, pero había otras materias ante las cuales sentía un espanto natural, como la matemática, la química, la física... que habría estudiado obligatoriamente de haber cursado el bachillerato.

Quemándome literalmente los ojos, saltando etapas, debí superarme a toda costa, de ahí que nunca reniegue de mi formación autodidacta. Lo importante es que nadie me regaló nada, ni fue obtenido por sinecura o privilegio. Recuerdo vívidamente cuando en 1959 recibí de Lázaro Peña el diploma que acreditaba mi condición de haber vencido el sexto grado en la Instrucción Obrero Campesina.

De modo que, cuando en 1975 se presenta la oportunidad de matricular en la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana, al convocarse un tribunal para valorar mi ingreso, pueda contar con avales de Raúl Roa, Juan Marinello, José Luciano Franco, Francisco Pividal Padrón, Antonio Núñez Jiménez, Mariano Rodríguez Solveira y Manuel Rivero de la Calle, entre otros reconocidos intelectuales.

Ellos escribieron cartas al Rector procurando que pusiera a prueba mis conocimientos, pues habían escuchado mis conferencias, intervenciones, diálogos... en visitas al Museo de la Ciudad.

*Al servir de anfitrión —el sábado 23 de agosto de 1969— a los amigos sobrevivientes del Dr. Emilio Roig de Leuchsenring en el 80<sup>mo</sup> aniversario de su nacimiento, usted dejó constancia de que «los que viven y han podido venir, de sus compañeros y amigos, se han reunido para reconocer las bases sobre las cuales se levanta su obra: el Museo de la Ciudad, en este Palacio de los Capitanes Generales».*

*En lo adelante, en las páginas del llamado «Libro de Visitas», pueden identificarse las firmas de personalidades como José Antonio Portuondo, Hortensia Pichardo, Enrique Gay Calbó, Salvador Massip,*

*Sara Isalgué, Raquel Catalá... así como de algunas que usted ya ha mencionado arriba, quienes reconocen «el mérito de Eusebio Leal Spengler en hacer realidad uno de los grandes sueños de Emilito».*

*¿Cuáles fueron las circunstancias reales en que fue rescatado por usted el legado de Roig de Leuchsenring, casi cinco años después de su muerte? ¿Qué tipo de apoyo recibió de sus correligionarios, esos «jóvenes ancianos» que asistieron con orgullo a aquel acto de refundación? ¿Cuánto aprendió de María Benítez, viuda de Emilito?*

A mí me tocó ser testigo del silencio que reinó cuando Emilito ya no estaba y se pensaba que la Oficina del Historiador de la Ciudad iría languideciendo mientras los bienes patrimoniales, muchos de ellos pertenecientes a su colección personal, salían hacia el Instituto de Historia, la Biblioteca Nacional, la Academia de Ciencias, el Archivo Nacional...

A este último, por ejemplo, fueron a parar los grabados que le había regalado Conrado Massaguer, la colección de retratos de cubanos y extranjeros ilustres que habían visitado a Cuba... También salieron las cartas de Martí que el hijo de Manuel Mercado había donado y que Emilito conservaba al lado del buró, junto a sus libros personales, los cuales fueron enviados a la Biblioteca Nacional.

Ya hoy no pienso en eso, pero en aquellos momentos tenía la visión de que el legado de Roig de Leuchsenring era como una vela que se derretía, que se apagaba...

Es verdad que la doctora Violeta Serrano, quien había sido nombrada para custodiar sus bienes, fue muy generosa conmigo y me acogió con gran cordialidad, pero ella se daba cuenta que estaba entre la espada y la pared. Porque la Oficina del Historiador de la Ciudad estaba compuesta por seis o siete personas exclusivamente, y la única que todavía era joven y potente era María Benítez, la que —con toda la autoridad moral del mundo— nunca acató aquella intervención.

A ella, en primera instancia, y a esos «jóvenes ancianos», debo mi legitimación como continuador de la obra de Roig, cuando otros dudaban de mis intenciones o cuestionaban mi capacidad para tal empeño.

*Usted ha contado que, cuando conoció personalmente a Roig de Leuchsenring, aprovechó para reparar una opinión suya que cuestionaba algunas ideas de Emilito.*

Lo cierto es que, en el seno de Acción Católica, yo me había aventurado a hacer algunos comentarios sobre sus juicios históricos, específicamente sobre su faceta anticlerical, ya que él era implacable con las interpretaciones de la historia de Cuba que hacía el sacerdocio español, por naturaleza muy ligado a la tradición autoritaria.

Tiempo después me di cuenta de mis desacertadas opiniones juveniles y, cuando tuve la oportunidad de venir aquí, al Palacio de Lombillo —su última sede— y familiarizarme con el ambiente de esta casa donde ahora estamos, decidí que la única forma de borrar aquel episodio, de acuerdo con mi concepto cristiano de la reparación, era decírselo.

Hablé con María, que estaba aquí parada en el patio, para pedirle que Emilito me recibiera. Sentados los dos, uno frente al otro, le conté. No me dijo absolutamente nada. Hizo así con los brazos —como quien dice: «esto es un asunto terminado»— y después me extendió la mano.

A partir de ese momento me encontré entre los elegidos que recibían gratuitamente los libros editados por la Oficina del Historiador en sus colecciones «Cuadernos de Historia Habanera» y «Colección Histórica Cubana y Americana». Entonces estaba yo muy lejos de suponer que recaería en mí la responsabilidad de conservar su obra y darle sentido de continuidad.

En realidad, durante los últimos años de su vida, Roig se eclipsó desde que perdió la facultad de hablar, a pesar de los intentos por restablecerle esa condición vital para un hombre de su tempera-

mento y proyección pública. Ya nunca pudo ser el orador. Tuvo que hacer un gran esfuerzo, que lo impacientaba y desesperaba, para recuperar un poco el habla después de la operación a que fue sometido por el doctor Félix Martín Cabana, a quien conocí gracias a María y a Gladys Monteagudo. A esta última Roig la quería como una hija, y llegó a ser más tarde mi asistenta, como también permaneció junto a mí —hasta que se lo permitieron sus fuerzas— Alfredo Zayas, quien era su consultor y referencista.

No pocas cosas las conocí después gracias a María, quien defendió como una leona a aquel astro caído hasta sus últimos días. Ella nunca se resignó a su muerte y, muchos años después, me confesaba que por las noches sentía cómo aún Emilito le apretaba la mano...

*Pero, ¿cómo es que recae en usted la responsabilidad de continuar la obra de una figura como Roig de Leuchsenring?*

Es una historia larga, pero merece ser resumida. Triunfa la Revolución y yo, con 16 años cumplidos, me veo atrapado en ese torbellino inenarrable... De pronto, imagíneme en el parque de los Maestros, frente a la Escuela Normal de La Habana, haciendo uso de la palabra en un mitin por el aniversario del ataque al Cuartel Moncada.

Alguien me pasa un papelito para que concluya, pero yo sigo pronunciando mi ferviente arenga revolucionaria. Cuando termino, resulta que se ha interesado en mi persona el representante del 26 de Julio en aquel acto: José Llanusa Gobel, quien entonces formaba parte del triunvirato del Gobierno de la Ciudad de de La Habana, con sede en el antiguo Palacio de los Capitanes Generales.

Gracias a ese encuentro, yo entro a trabajar como empleado municipal en el mismo lugar donde antaño había iniciado su faena mi predecesor de feliz memoria, como siempre digo al evocar a Roig. De hecho, Emilito trabajaba en el Ayuntamiento cuando fue nombrado Historiador de la Ciudad en 1935 y, tres años después, estableció su Oficina en

el entresuelo de aquel inmueble, con apoyo de la Alcaldía. Allí permaneció hasta que en 1947 —el mismo año en que yo nací— se estableció en el Palacio de Lombillo, donde mucho tiempo después tuvo lugar mi conversación con él, tal y como te narré anteriormente.

De modo que en 1959, gracias a un golpe del destino, yo entro a trabajar como empleado municipal en el otrora Palacio de los Capitanes Generales (Casa de Gobierno y Palacio Municipal), el cual entonces estaba por doquier dividido en tabiques para oficinas, además de parecer un avispero revuelto, con entrada y salida permanente de gente que venía a resolver trámites, todo ello en medio de la barahúnda de las transformaciones sociales.

Ocupaba la plaza de inspector del Departamento de Ingresos, con un sueldo de 118 pesos. Y aunque no era una fortuna, me abrió las posibilidades de comprarme libros, de frecuentar el cine Rialto, la sala Thespis... de asistir en esta última a las representaciones del teatro de Esquilo, Sófocles, Shakespeare...

Eran los momentos difíciles y confusos de definición ideológica: la Campaña de Alfabetización, Playa Girón, la Crisis de los Misiles... que llevan a muchos de mis amigos a abandonar el país e, incluso, a desconfiar de mí al verme con ansias de integrarme al proceso renovador.

No me quedé; me fui quedando... como un pequeño Prometeo encadenado a la roca, debatiéndome entre Fe o Revolución. Y de ese dilema me salva la cuita, el deseo vehemente de salvar el Museo de la Ciudad, una idea que Emilito había desarrollado en la medida de sus posibilidades.

Ese sueño comienza a despuntar cuando el Gobierno Municipal Revolucionario, que ya en ese momento era la Junta de Coordinación (JUCEI), decide trasladarse en 1967 hacia un edificio moderno, y las autoridades se convencen de mi prédica, pues yo era como un cronista febril que narraba a los visitantes —desde el más simple campesino hasta un embajador— en qué consistía aquella, para muchos, vetusta casona colonial.

*Me imagino que habría quien lo tildara de loco.*

No te quepan dudas.

*Hay otro álbum que puede consultarse en el Archivo de la Oficina del Historiador de la Ciudad y que resulta harto elocuente. Su título es «El Museo al Campo», y recoge decenas de opiniones sobre su participación en los campamentos cañeros durante la Zafra de los 10 Millones, en 1970. Entre esos testimonios, bastaría mencionar uno para imaginarse la connotación de aquel empeño suyo:*

*«He sentido el orgullo y me encuentro en el más grande honor al poder tocar y tomar en mi propia mano el machete con que el gran Maccimo Gomez (sic) defendió tan braviamente (sic) nuestra Patria. Pedro Perdomo. Machetero del campamento La Teresa del Central Osvaldo Sánchez».*

Ese año, 1970, no había nada que hacer prácticamente en La Habana. Sin embargo, nuestra obra en el Museo de la Ciudad no se detenía. Durante el día, por asombroso que parezca, trabajábamos en la construcción. Y digo trabajábamos, porque yo también trabajaba. Ésos fueron los tiempos en que, durante uno de sus viajes a Cuba, Alejo Carpentier —según el testimonio de Lilia, su esposa— me vio andar por las calles con una carretilla llena de vigas de madera o piedras para pavimentar la primera sección del portal del antiguo Palacio de los Capitanes Generales. «Llegaré lejos...», me contaba ella que el gran escritor le comentó.

Éramos muy pocos, y recuerdo los nombres de cada uno de aquellos obreros, entre ellos a dos formidables maestros de obra: Higinio Martín Acosta, de origen canario, y a otro no menos grande, Pilar Alonso. Solamente con su aprobación era que un «media cuchara» —como se llamaba a los ayudantes— podía convertirse en albañil, luego de comprobar que había dominado el arte de construir. Yo asistía a esos

exámenes, una suerte de «acto de iniciación» que se realizaba en el cuarto donde se guardaban bajo candado las herramientas, el cemento, la plomería...

A pesar de ser muy joven, me gané el respeto de aquellos maestros, compartiendo con ellos a pie de obra. Y cuando murieron, decidí escribir sus nombres en una viga del Palacio, en una de las galerías de su planta alta.

Todo eso en medio del desafío de la zafra, en la cual se habían volcado las fuerzas productivas del país. Entonces, a petición de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), me puse a pensar en cómo alentar a los hombres y mujeres que —alejados de sus hogares— permanecían por meses en los campamentos cañeros, consagrados a esa dura tarea.

Fue así que surgió la idea de «El Museo al Campo», que nos hizo recorrer casi toda la Isla: desde Sandino, en Pinar del Río, pasando por Las Villas, hasta los confines de Camagüey, con aquellos machetes «sagrados» pertenecientes a los próceres de la patria.

Hay un documental de Héctor Veitía que testimonia aquellas jornadas cuando, después de llegar exhaustos del campo, reunidos en el comedor bajo la luz mortecina de las lámparas de luz brillante o de los faroles chinos empleados en la Campaña de Alfabetización, los macheteros escuchaban —atentos— nuestras explicaciones sobre el origen de aquellos instrumentos afilados, sus distintos tipos, marcas... y, después de pedirles sus propios machetes y mochas para confundirlos con los que traíamos, nosotros revelarles su significado como arma en la historia de Cuba desde que el Generalísimo Máximo Gómez protagonizara la primera carga al machete en Pinos de Baire.

La emoción de aquellos hombres, cuyos testimonios están en ese cuaderno que mencionas, me demostró la necesidad de desacralizar el museo, y es como un antecedente de lo que hoy son las aulas infantiles en el Centro Histórico, así como tantas otras iniciativas que rompieron esquemas hasta ese momento inmutables, de manera que la museología se adecuara a la misión que siempre consideré



debe cumplir como formadora de valores: inspirar desde curiosidad hasta respeto por las cosas del pasado, estimular la percepción de la belleza a la par que la memoria histórica...

*He visto escenas del documental de Veitía y realmente son prueba de aquella etapa que —me imagino— le hizo vivir no pocas experiencias memorables. Por ejemplo, el uso de la tela caqui, de color gris, que todavía suele vestir en su quehacer cotidiano...*

Me has escuchado, por supuesto, bromear en ese sentido al explicar que no responde a una filiación maoísta mía —como sugirió alguna vez un periodista extranjero—, sino que es una costumbre adquirida durante esa etapa de «El Museo al Campo», cuando participé de algún modo en la Zafra de los Diez Millones. Fue, además, la indumentaria de los médicos rurales, y en la actualidad somos dos personas las que la usamos: el doctor José M. Miyar Barruecos y yo.

*¿Cómo ese mismo año 1970 pudo abrir tantas salas disímiles: entre otras, la gran Sala Capitular y la Sala de la Parroquial Mayor, esta última en presencia del Pronuncio Apostólico, monseñor César Zacchi, Obispo Titular de Maura?*

Mientras nosotros cumplíamos con lo que considerábamos era un deber, y el periódico *Granma* reportaba con gran despliegue «El Museo al Campo»; mientras esto ocurría, el montaje de las salas seguía avanzando gracias a la labor de los compañeros que permanecieron en la obra: entre ellos, Alberto González Sánchez, quien era diseñador, decorador, proyectista y dibujante privilegiado, junto a artífices carpinteros como Vasallo y Luis Pedrosa, capaces de trabajar la madera en sus detalles más complicados.

Hoy parecería fácil, pero entonces teníamos que hacer infinitas gestiones con organismos, ministerios, amigos... para conse-

guir los materiales: un día, el vidrio; el otro, la pequeña cerradura; luego, el tornillo...

Paralelamente, Leandro Romero continuaba las excavaciones arqueológicas que habíamos iniciado en 1968 cuando descubrimos las primeras evidencias de la Iglesia Parroquial Mayor al oeste de la escalera principal del otrora Palacio de los Capitanes Generales.

Asesorados por reconocidos académicos como Manuel Rivero de la Calle, Ramón Dacal y Ernesto Navarro —estos dos últimos investigadores del Museo Antropológico Montané—, nos deslumbrábamos al descubrir múltiples variedades de cerámica mayólica (hispana, mexicana, de porcelana oriental y de transculturación aborigen), cuyos fragmentos aparecían mezclados con los hallazgos en los sepulcros del primer templo habanero: aquella mano que conservaba todavía el anillo de un Caballero de la Orden de Santiago, aquel crucifijo sobre el pecho de un niño... todo lo cual se expone hoy en la Sala de la Parroquial Mayor, que inauguramos con el apoyo del Arzobispo de La Habana, monseñor Evelio Díaz.

De ahí que a su apertura asistiera monseñor Cesare Zacchi, Arzobispo titular de Maura, quien finalmente sería reconocido como Nuncio Apostólico de su Santidad en Cuba.

*Pudiera evocarnos sus encuentros con monseñor Zacchi...*

Fue un gran amigo de nuestro país en un momento crítico: el de la confrontación entre la Iglesia y el Estado. Poseía una vasta cultura y, mientras una parte del Cuerpo diplomático se dedicaba a actividades frívolas o —digamos— propias del menester social, Zacchi se dedicaba a construir, restañar heridas y crear puentes. De ahí su amistad personal con Fidel; de ahí su cariño por Cuba, su confianza en nosotros.

Tuvimos varias conversaciones y conservo una foto suya dedicada, así como el grato recuerdo de nuestro reencuentro en Roma, cuando

ya había sido exaltado a la condición de Presidente de la Pontificia Academia Diplomática, en la Plaza de Santa María sopra Minerva.

Durante mi estadía en esa ciudad, me facilitó la entrada a los archivos secretos del Vaticano, además de que por mediación suya pude adquirir más de 500 documentos relacionados con Cuba, especialmente de su historia eclesiástica: sobre la fundación de las catedrales, los litigios en el seno de la Iglesia... Entre ellos, ni más ni menos que el expediente incoado al obispo Espada, que me sirvió muchísimo para entender el alcance de sus ideas ilustradas y cómo su figura era denostada por los sectores más conservadores de la sociedad colonial, que lo acusaban de liberal y hasta masón.

*La sala del Museo de la Ciudad dedicada al Cementerio de Espada es una de mis preferidas. Siempre reparo en la losa sepulcral con los versos que, a modo de epitafio, le dedicara José María Heredia al pintor francés que inmortalizó la figura del obispo en su cuadro La inauguración del Templo: «Vermay reposa aquí. Su lumbré pura/ del entusiasmo iluminó su mente,/ un alma tuvo cálida y ardiente/ de artista el corazón y la ternura (...)».*

El doctor Luis Felipe Le-Roy y Gálvez me confirmó la existencia de la tumba de Juan Bautista Vermay en la parte vieja de la Necrópolis de Colón, adonde en 1880 fueron trasladados los sepulcros del antiguo Cementerio de Espada. Entre éstos estaba la urna con los restos del propio obispo, quien murió en 1832 y había sido enterrado en el camposanto que él mismo creara previsoramente en 1806.

De ello tenemos constancia gracias a los documentos reproducidos rigurosamente en *Historia del Hospital de San Francisco de Paula*, del doctor Jorge Le-Roy y Cassá. Al publicar ese libro, Luis Felipe —quien era hijo del autor— no sólo rescató el manuscrito como tributo a su padre ya fallecido, sino que lo complementó con documentos valiosísimos como el de la «representación» de la Real Sociedad Económica

de La Habana al rey Fernando VII, implorando en 1824 para que el obispo Espada permaneciera en la diócesis habanera. De esta manera, el ilustre prelado se libró de regresar a la Península, donde probablemente hubiera tenido que someterse a un proceso inquisitorial.

Tras confirmar con Le-Roy y Gálvez que la tumba de Vermay se conservaba, enseguida pedí autorización al gobierno de la ciudad y nos fuimos a recorrer el Cementerio de Colón hasta que encontramos la losa sepulcral, partida y hundida en la hierba, con los restos de —al menos— dos personas.

Dichos restos están contenidos en la pequeña urna que, junto al busto del artista, se encuentra hoy dentro de El Templete, rodeada de los cuadros que Vermay pintó por encargo del obispo Espada para ese monumento, cuya restauración definitiva —incluyendo la de los lienzos— fue para nosotros de interés primordial. Iniciada por José Lázaro Zaldívar, la recuperación de esos cuadros fue culminada por Ángel Bello y Rafael Ruiz, todos ellos amigos entrañables.

*Si nos atuviéramos a la tesis de historiadores como Eric Hobsbawm sobre la «invención de la tradición», convendríamos en que sería El Templete un buen ejemplo de ese proceso mediante el cual un hecho incierto se convierte en esencialmente verdadero al arraigar como seña de identidad colectiva. Basta acudir allí cada 16 de noviembre y observar a la multitud que, en absoluto silencio, da tres vueltas alrededor de la ceiba con la esperanza de recibir otras tantas gracias de San Cristóbal de La Habana, patrono de la ciudad.*

No puede entenderse el mito fundacional de la villa de San Cristóbal de La Habana sin acudir a ese pequeño templo neoclásico, erigido junto al árbol que representa a la frondosa ceiba primitiva bajo cuya sombra se habrían celebrado la primera misa y cabildo habaneros en 1519, luego del traslado de sus habitantes hasta la costa norte, junto al puerto de Carenas.

Aunque los sabios católicos desestimen la leyenda del gigante que cargó sobre sus espaldas a Cristo, encarnado en la persona de un niño, la tradición de venerar a ese santo patrono de los viajeros se pierde en el tiempo y, más que inventada, ha sido heredada por sucesivas generaciones de habaneros.

En la liturgia de la Iglesia católica, la fiesta de San Cristóbal se celebra el 25 de julio, pero sabemos que en La Habana se decidió —por especial indulto de la Silla Apostólica— que fuera el 16 de noviembre para no embarazar esa festividad con la de Santiago, patrón de España y de la Isla.

La víspera, tenía lugar una procesión por las calles con la imagen del santo patrón en andas —que era saludada oficialmente con 21 cañonazos desde la fortaleza de la Cabaña— hasta llegar a la Catedral, donde se celebraba la «misa de los mudos».

El resto lo aportaría esa mezcla de fe y superstición que subyace en toda manifestación de religiosidad popular, asociada en nuestro caso al sincretismo. De ahí que la ceiba sea también venerada por su trascendencia en el imaginario africano como árbol sagrado. Por testimonios de algunos descendientes de antiguos esclavos, me consta que —mucho antes de que «reinventáramos» esta tradición— ya se cumplía el ritual de rodear el árbol y pedir las tres gracias sin articular palabra alguna.

Por otra parte, la supuesta certeza de que la refundación de la villa sucediera precisamente en ese sitio, situado en el lado noreste de la Plaza de Armas, se debe al capitán general Francisco Cagigal de la Vega, quien en 1754 dispuso levantar una columna de tres caras, una de las cuales muestra un relieve de la ceiba primitiva, con las ramas cortadas y sin follaje.

Esa decisión fue exaltada por el capitán general Francisco Dionisio Vives con la orden de restaurar la columna de Cagigal y levantar ese pequeño templo neoclásico para el cual Vermay —a petición de Espada— realizó los cuadros alegóricos *La primera misa* y *El primer cabildo*, así como el dedicado al propio acto inaugural del

monumento en 1828. Este último lienzo es como un retablo de los distintos estamentos en que estaba dividida la sociedad cubana, que el pintor capta sutilmente desde un ángulo privilegiado, haciéndonos testigos de su faena al representarse él mismo con el lápiz y cuaderno de dibujo en sus manos.

Conduciendo aquella ceremonia, sobresale la figura del obispo Espada, quien, asistido por sus diáconos, agita el incensario como si espargiera el espíritu de la Ilustración hasta nuestros días.

*En el caso de los bienes patrimoniales, resulta muchas veces que los pormenores de su adquisición o rescate son tan interesantes como la historia que ellos mismos confirman en calidad de objetos museables o fuentes documentales. Pienso en las Actas Capitulares, que estaban botadas en las bóvedas del Castillo de la Real Fuerza, donde hubieran desaparecido de no ser porque Roig de Leuchsenring —quien era entonces Comisionado Intermunicipal— decidió rescatarlas en 1927.*

Roig no sólo dotó a la historiografía habanera de su principal fuente primaria, sino que se preocupó por salvaguardar los objetos relacionados con esa institución de alcance iberoamericano, inspirada en el modelo del cabildo castellano medieval.

Como empleado del Ayuntamiento —cuya sede siguió siendo antiguo Palacio de los Capitanes Generales, luego de instaurada la República en 1902—, Emilito aprovechó para rescatar las Actas Capitulares, así como para conservar los atributos que simbolizaban esa forma de gobierno local durante el proceso de conquista/colonización: las mazas del Cabildo, el crucifijo empleado para jurar el cargo y las copas de votación...

En relación con estas últimas, salidas de la mano del orfebre habanero Juan Díaz, narraré una de las infinitas anécdotas con las que podría ilustrar cuán azaroso puede ser el destino de los objetos museables, sobre todo cuando se ignora su valor.

Sucedió que Roig conservaba una de esas copas primorosas de plata donde los regidores colocaban sus votos y que también habían sido utilizadas en 1901 durante la Asamblea Constituyente. Un día, mientras yo buscaba por todos los rincones del Palacio cuanta antigüedad pudiera mostrar a los cientos de personas que nos visitaban cada noche, ingresé en el cuarto del electricista y reparé en que guardaba algunos utensilios de trabajo (bolas de *tape*, fusibles, tomacorrientes...) en una copa, cuya forma reconocía aunque estuviese pintada de azul.

Entonces le digo: «Macho, déjame ver esa copa», y con la uña aparté un poco de aquella gruesa pintura. Al ver la tuerca que la unía con su base, enseguida me di cuenta que era la pareja de la conservada por Emilito. Lo que hasta ese momento no parecía tener valor alguno, de pronto adquirió su real significado cuando se pulió su superficie y aparecieron los escudos de La Habana.

Desde entonces, ambas copas se exponen como joyas patrimoniales en la Sala del Cabildo, en el Museo de la Ciudad.

*Le he escuchado afirmar que, de ser hoy, habría concebido el Museo de la Ciudad en una forma diferente.*

Es cierto. Hoy quizás estarían dadas las condiciones para hacer un Museo de la Ciudad con mucho más espacio, en el que tuvieran cabida su toponimia, sus mapas, sus planos, sus personajes más importantes... Pero hay que comprender las circunstancias de aquel momento, cuando en 1968 asumí la responsabilidad de restaurar el antiguo Palacio de los Capitanes Generales.

Construido en 1791, ese edificio fue sede de los gobiernos de Cuba: el colonial español, hasta su fin en 1898; el interventor norteamericano (de 1899 a 1902), y después, los años de la República hasta mediados de 1920, con el paréntesis de la segunda intervención estadounidense (1906-1909). Además, en una de las salas del Palacio radicó el Cabildo o Ayuntamiento, como ya se ha explicado.

En la medida de nuestras posibilidades, nos planteamos no sólo respetar, sino justipreciar el valor histórico del propio inmueble como testigo de momentos cruciales, entre ellos el cese de la dominación española del Nuevo Mundo, con la ceremonia oficial de traspaso de poderes a las autoridades interventoras norteamericanas, efectuada en el Salón de los Espejos, el primero de enero de 1899; o el inicio de la República, el 20 de mayo de 1902, cuando el Generalísimo Máximo Gómez izó la bandera cubana en la azotea del Palacio y se arrió la enseña estadounidense, luego de que —minutos antes— tomase posesión el presidente Tomás Estrada Palma en el salón antes mencionado, también conocido como del Besamanos.

Con ayuda de grabados, periódicos y fotografías de las distintas etapas históricas del edificio, logramos restituir el sentido original de las escaleras y las divisiones primitivas de los espacios, incluido el Salón del Trono, que fuera decorado y diseñado para la visita nunca consumada de la reina Isabel II, uno de cuyos retratos se expone, atribuido a su pintor de cámara, Federico Madrazo.

En un espacio contiguo, reconstruimos el local que habitualmente ocupaba el Capitán General y que nombramos «Habitación de la Infanta», pues fue preparado en 1893 para recibir al que fuera el único personaje real español en visitar la Isla durante la colonia: Eulalia de Borbón, hija de aquella reina de los «tristes destinos».

Y a la par de ese esfuerzo restaurador, continuaba la búsqueda de los restos de la Parroquial Mayor y de toda evidencia arqueológica sobre esa Habana desconocida que teníamos debajo de los pies, además de no cejar en nuestro empeño de recuperar las pertenencias de Emilito, cuyo despacho reconstruimos paulatinamente en el entresuelo del Palacio.

De ahí que, más allá de su relación con el poder colonial y el destino de los hombres que la habitaron, esa edificación que hoy es el Museo de la Ciudad —tal y como logramos concebirlo, a pesar de sus limitaciones— simbolice el deseo raigal que nos ha animado



en la lucha por salvaguardar el patrimonio histórico de La Habana Vieja y, por extensión, el de Cuba.

*Eso quería hacer notar: que si bien se llama Museo de la Ciudad, devino también depositario legítimo de muchos objetos pertenecientes a los próceres cubanos que —hasta determinado momento— se exhibieron en el Museo Nacional de Bellas Artes. Pienso intencionadamente en la Sala de las Banderas, donde se conservan exponentes tan preciados como la enseña nacional izada por primera vez en suelo patrio (19 de mayo de 1850), junto al estandarte enarbolado el 10 de octubre de 1868 por el Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes.*

Ciertamente, en algún momento habían sido desmontadas las salas que, dedicadas a las guerras de independencia, formaron parte del Palacio de Bellas Artes desde su inauguración en 1955 en los terrenos que ocupara el antiguo Mercado de Colón. Allí se exponían muchos objetos que su director, el profesor Antonio Rodríguez Morey, había conservado durante largos años en su sede anterior: una casona precaria e inhóspita en la calle Aguiar.

Ya después del triunfo de la Revolución, luego de celebrarse entre 1963 y 1967 las llamadas Exposiciones de Obras de Arte Recuperadas, se decidió que los bienes museables pertenecientes a las secciones de etnografía y guerras de independencia —entre otras— pasaran a formar parte de las nuevas instalaciones museísticas: el Museo Nacional de Artes Decorativas, el Museo Nacional de la Música... Entonces, la sorprendente colección de banderas cubanas terminó almacenada dentro de unas cajas en un cuarto húmedo de la calle Paula.

Allí me personé con un amigo queridísimo, Segundo Pérez, para entrevistarme con Mario Averhoff, el cual estaba a cargo de esos bienes. Mi deseo era hacerme responsable de rectificar los inventarios y exponer en el Museo de la Ciudad esas enseñas que fueron

desplegadas en batallas memorables, ondeadas en actos cívicos trascendentales o que presidieron asociaciones patrióticas en el exterior.

Fue un trabajo ímprobo. Creó rozamientos y problemas por el método, pero también porque el director se espantó con mi propósito. Quizás porque cuando tú logras hacer algo, hay otros que piensan: «¿Por qué no se me ocurrió a mí?». Y ahí comienza la querrela.

La Sala de las Banderas fue inaugurada solemnemente por el doctor José Antonio Portuondo en presencia de descendientes de los libertadores y mártires de la Revolución, así como de numerosas personalidades. Afianza el discurso museológico que preceden las salas del Pensamiento y de Cuba Heroica, la primera con los retratos de los pensadores que abogaron por una solución nacional en tres formas políticas encontradas: independencia, reformas con España y anexionismo.

Esa situación de alternativas históricas se resolvió con el grito de «Patria y Libertad», como se muestra en la otra sala mencionada, que nombré así después de haberme leído el libro de Enrique Collazo: *Cuba heroica*. Aquí aparecen los cuadros de los libertadores en el orden que tomaron las armas: orientales, camagüeyanos y villareños, así como ejemplos del armamento disímil con que enfrentaron al ejército español y de la utilería empleada para sobrellevar la vida cotidiana en la manigua.

A continuación, es que sigue la Sala de las Banderas, las cuales penden del techo como si flotaran sobre los escombros de la guerra, escoltando las armas y otras pertenencias de Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Máximo Gómez, Calixto García y Antonio Maceo, incluido el bote que este último usara para cruzar la trocha de Mariel a Majana durante la campaña invasora. Agradezco la recuperación de esta pieza tan significativa al afecto personal del doctor Zoilo Marinello, el oncólogo presidente de la Academia de Ciencias, quien me la cedió al saber por mí que dicho bote se encontraba guardado en un almacén, junto a otros bienes.

Y como telón de fondo de la museografía, uno de los cuadros más logrados de la pintura cubana sobre temas históricos, obra de Armando García Menocal: *La muerte de Maceo*.

Esa sala fue como el glorioso epílogo de aquella etapa de la Zafra de los Diez Millones. En lo adelante, sólo restaba aclarar el desenlace de las guerras de independencia y el consiguiente derrotero de Cuba, para lo cual fueron creadas las salas de la Intervención Norteamericana y de la República.

Conscientes de que esa etapa histórica sólo podía abordarse prolíficamente en los espacios del Museo de la Revolución, concluimos resumiéndola en forma alegórica al mostrar los restos del águila imperial que —fundida con los broncees del Maine— fuera derribada de su pedestal en enero de 1961, pocos meses antes de la agresión de Playa Girón.

*Con motivo de conmemorarse el centenario de la explosión de ese crucero norteamericano en aguas de la bahía habanera, ocurrida el 15 de febrero de 1898, la revista National Geographic publicó el artículo «¿Recuerdan el Maine?», en el cual presentaba un nuevo estudio sobre las causas de aquel desastre que sirvió de pretexto para la intervención de Estados Unidos en la guerra iniciada en 1895 por los independentistas cubanos contra el poder colonial español.*

*Al abordar el destino del águila imperial que coronaba el monumento erigido en 1925 a las víctimas de ese suceso, dicha publicación reproduce la imagen de la cabeza —colgada en la pared de una cafetería de la Oficina de Intereses de los Estados Unidos—, así como el cuerpo de aquella escultura derribada «que reapareció en el Museo de la Ciudad», según afirma el artículo. ¿Cómo usted logró esa «reaparición»?*

Una noche de enero de 1961, el águila imperial que coronaba las dos columnas de ese monumento fue retirada con el ánimo de que se posase sobre ellas la paloma de la paz, que Picasso no tuvo la posibilidad de ejecutar a pesar de su voluntad.

Entre ¡arribas!, abajos!, el aguila perdía primero un ala, luego la otra... arrancadas por una grúa entre aplausos y gritos de júbilo revolucionario, hasta quedar despedazada.

Ahí quedaron sus restos, frente al Malecón, hasta que un día me avisaron que la cabeza había desaparecido. Entonces, ya no perdí más tiempo y fui a averiguar quién la había recogido, pero nadie supo darme respuesta. Busqué un viejo camión de carga, arrendado, particular... y partí para allá con un grupo de constructores que trabajaban conmigo en el Palacio de los Capitanes Generales.

A mano levantamos aquellas alas. Claro, en el camioncito solamente cabía apenas una, por lo que tuvimos que hacer dos o tres viajes. Así, de esa manera, parte del águila quedó del lado de acá, pero quedaba la incógnita de su cabeza.

Hasta que un día escuché a Wayne Smith, ex Secretario de la Sección de Intereses de Estados Unidos, buen amigo de Cuba, contar que la cabeza había sido rescatada por algún colaborador de ellos y colocada en el comedor o lugar donde toman su refrigerio los empleados de esa Oficina. Más tarde me mostró una fotografía, y luego declaró en una entrevista que mientras no se reunieran el cuerpo y la cabeza del águila del Maine no habría paz ni buenas relaciones entre Cuba y Estados Unidos.

Yo le recordé que en realidad fueron dos ciclones los que abatieron ese monumento: primeramente, el huracán de 1926, que había tumbado el águila —cuyas alas estaban abiertas verticalmente— y las dos columnas que la sostenían, erigidas del mismo tamaño para representar la soberanía y los idénticos derechos de ambos Estados. Con sus restos de mármol de Carrara se hicieron entonces copias conmemorativas, una de las cuales conservamos en la Oficina del Historiador de la Ciudad. Inmediatamente el águila fue refundida, pero con las alas extendidas en forma horizontal para evitar que el viento pudiera derribarla.

El otro ciclón fue aquél, de carácter popular, en enero de 1961. Resulta curioso que, entonces, se le encargó a Roig que hiciese un

nuevo texto para ser colocado en el monumento. Y así fue. En lugar de las palabras de loa y gratitud a los Estados Unidos por su intervención en la guerra de Cuba, mi predecesor redactó la tarja que hoy puede leerse en su cara norte: «A las víctimas de El Maine que fueron sacrificadas por la voracidad imperialista en su afán de apoderarse de la isla de Cuba. Febrero 1898-Febrero 1961».

Años después, el 15 de febrero de 1998, con motivo de cumplirse el centenario de la voladura de aquel crucero en el puerto de La Habana, el Comandante en Jefe, Fidel Castro, me pidió que hablase en el acto de recordación y homenaje a las víctimas, al pie del monumento.

Y allí pronuncié unas palabras que trataban de esclarecer lo que ya era una prueba sostenida y admitida por los expertos norteamericanos e internacionales, incluida la investigación de *National Geographic* a la que haces referencia: que la voladura del *Maine* pudo ser un accidente fatal, pero la manipulación de ese acontecimiento, el planteamiento de los hechos, fue lo que favoreció la intervención norteamericana en la guerra emancipadora de Cuba.

*En ocasiones, su preocupación por la conservación de los monumentos históricos, le ha traído no pocas críticas de algunos intelectuales en el seno mismo de la Revolución. Por citar un ejemplo: la restitución de la estatua de José Miguel Gómez, Mayor General del Ejército Libertador y presidente de la República de Cuba (1909-1913), en la Avenida de los Presidentes.*

Ni esa estatua, como tampoco la de don Tomás Estrada Palma —erigida en la propia Avenida de los Presidentes; o sea, en la calle G, en el Vedado—, fueron removidas recién al triunfo de la Revolución, sino mucho tiempo después. Incluso, me consta que fueron quitadas de sus pedestales sin una consulta previa a la alta dirección del país. Considero que fueron actos que respondieron... ¿cómo diría?... a un

voluntarismo revolucionario, entendido éste como esa actitud de querer conseguir o cambiar las cosas sin valorar otros factores.

Yo siempre he sido partidario de que la destrucción de los monumentos no reporta absolutamente ningún prestigio, que lo importante es explicar la historia. Que sería más útil colocar al pie del monumento a Estrada Palma las palabras que se atribuyen al presidente norteamericano Teodoro Roosevelt, cuando en carta al embajador cubano en Washington, Gonzalo de Quesada, expresa su preocupación por tener que autorizar la intervención militar en la Isla a petición de su propio gobernante. Reproducida íntegramente en *Documentos para la Historia de Cuba*, de la doctora Hortensia Pichardo, esa carta del 14 de septiembre de 1906 —así como un telegrama emitido también por Roosevelt— demuestran el craso error cometido por Estrada Palma al empecinarse en ser reelegido presidente, cuando ya su autoridad y prestigio estaban socavados.

*Si le he entendido bien, entonces podríamos identificarnos con el abate Henri Grégoire (1750-1831), partidario de la Revolución Francesa pero contrario a sus acciones, que él consideraba excesos. Consciente de que las imágenes propagan determinados valores, apoyó la retirada de los monumentos del antiguo régimen —«que estaban contaminados por la mitología», según decía— pero propuso que no fueran destruidos, sino depositados en museos.*

Para ceñirnos a Cuba, aclaremos que no sólo en época de la Revolución se han querido derruir monumentos. Está el caso de la estatua que fuera erigida en vida a Alfredo Zayas, cuarto presidente de la República (1921-1925), quien escogió para su réplica monumental un sitio de mayor relevancia que la Avenida de los Presidentes, pues fue levantada ni más ni menos que frente al mismo Palacio Presidencial. Por cierto, quedó inaugurada unos días antes de que cediera su mandato al general Gerardo Machado y Morales.

La posición de la estatua creó en el imaginario popular toda una serie de leyendas y fabulaciones simpatiquísimas, que denotan ese carácter del cubano, capaz de demoler cualquier cosa sólo con la ironía. Pero desde el primer momento, los estudiantes la apedrearon y hubo que custodiarla para que no la derribasen de verdad. De hecho, en la construcción del espacio o jardín que ocupa hoy esa parte antigua de la ciudad se aprovecharon las decenas de toneladas de mármol empleadas en esa estatua, otra de las borradas de la faz citadina.

Sin embargo, el monumento del mayor general José Miguel Gómez permaneció intacto; no fue destruido ni dañado, sino que solamente se retiró su figura y se concibieron distintos proyectos para colocar allí a otra personalidad histórica.

Siempre estuve en contra de ese tipo de proyectos, porque considero que es un agravio para el homenajeado —no sé de quién se trataba en este caso— que se le endilgue un monumento dedicado a otra figura, aunque sea remodelado con ese fin.

Ante todo, defendí la idea de que dicho monumento es una obra de arte en sí; segundo, que había sido erigido por cuestación pública y que nadie, absolutamente nadie, pudo contribuir más que con una exigua cantidad de dinero: no se admitió legado de miles ni de cientos de pesos, sino centavos, pesetas, medios...

Por los méritos que había tenido en la lucha emancipadora, José Miguel Gómez había sido seleccionado para acompañar al mayor general Calixto García en su misión a los Estados Unidos con el objetivo de esclarecer el destino de Cuba. Además, fue enemigo jurado de la reelección de Tomás Estrada Palma, contra lo cual protagonizó un levantamiento. Y al producirse las primeras elecciones después de la segunda ocupación militar yanqui, fue elegido presidente por el voto mayoritario del pueblo cubano.

Tercer elemento: no aceptó la reelección y murió en el exilio. Sus restos fueron devueltos a Cuba en medio de una gran manifestación popular.

Objeción: durante su gobierno se produjo en 1912 la llamada «guerra de las razas» o «levantamiento de los independientes de color».

En cuanto a ese hecho infausto, considero que fue consecuencia de los prejuicios raciales enraizados durante tantos años de coloniaje español, los cuales habían sido soliviantados por las dos ocupaciones norteamericanas —se prohibió el ingreso de negros y mestizos a las fuerzas de policía, por citar un ejemplo—, estando todavía en carne viva las secuelas del sistema esclavista.

Si todavía hoy luchamos contra el racismo en el mundo, cómo no explicar la influencia de la manipulación y los elementos provocativos en aquel levantamiento que costó la vida no solamente a aquellos veteranos del Ejército Libertador que fueron Pedro Ivonet y Evaristo Estenoz, sino también a cientos y cientos —hay quien dice miles— de negros en el oriente de Cuba.

Lo cierto es que José Miguel Gómez, como jefe de Estado, no pudo evitar lo sucedido, como tampoco puede culparse a los «independientes de color» por los excesos que se les imputaron.

Víctimas y victimarios sucumbieron a las más oscuras fuerzas que sobrevivían todavía en el alma cubana y que tanto daño habían provocado durante las luchas por la independencia. Fuerzas funestas que negaban aquella idea preclara de José Martí cuando afirmó: «Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro (...)».

De modo que, a pesar del trasfondo controversial de la objeción antes apuntada, no constituye para mí una razón suficiente que justificara la ausencia de la estatua de José Miguel Gómez, y lo que era ya inadmisibile: que el bello monumento se hubiese convertido en una cloaca pública.

Es más, para restituir su valor patrimonial argumenté apelando a la gloriosa Revolución de Octubre en la Unión Soviética, donde muchos símbolos del poder autocrático ruso fueron conservados, como el monumento al zar Pedro el Grande, o el hecho de que la Sala de Ekaterina, en el Kremlin, nunca perdió ese nombre.



Figuras tan importantes en la historia rusa como el mariscal Mijail Kutúzov, que batalló contra Napoleón, o el noble Tetryakov —que fundó una bellísima galería de pintura— no fueron borradas, y nadie se pregunta cuántos esclavos pudieron tener, ni cuánta opresión o daño pudieron causar.

En resumen, antes de tomar una decisión que ponga en juego el patrimonio monumental, hay que atenerse a la premisa del análisis científico sobre la necesidad de comprender cada cosa en su contexto histórico. Es la única manera de no dejarnos amedrentar por los fantasmas del pasado.

*Al analizar su biobibliografía, me sorprende el ímpetu con que —a mi modo de ver— usted ha logrado crearse sus propias circunstancias mediante el ejercicio incansable de la palabra: guiando a delegaciones de todo tipo por el Museo de la Ciudad y el Centro Histórico; dictando conferencias en los lugares más disímiles, desde fábricas hasta aulas magnas; aprovechando los medios de comunicación en cada oportunidad; ofreciendo aún hoy cursos masivos a los que acuden cientos de personas, como aquellos de los años 80 en el Anfiteatro del Centro Histórico...*

Me asombra lo que podíamos hacer en aquel tiempo con tan pocos recursos. Y es que, aunque insignificante si se compara con otras obras de la Revolución, el Museo de la Ciudad había pulsado esa tecla íntima que es el sentimiento nacional y, por consiguiente, se convertía en punto de referencia para las personalidades extranjeras que nos visitaban.

En un principio, como Historiador de la Ciudad, me conocían mucho más en las fábricas, a las que asistía continuamente para dar conferencias; por ejemplo, a las tabaquerías, aprovechando esa tradición tan cubana de escuchar a un lector —u orador— mientras se tuerce el habano.

Acudía a los órganos de prensa con el propósito de que anunciaran alguna de mis conferencias o publicaran algún trabajo mío, como así sucedió con la serie de crónicas que —bajo el título de «Fichas ilustradas»— salió en *Granma*, donde conocí a un corrector de estilo con un bagaje intelectual extraordinario: Agustín Pi, miembro del grupo Orígenes junto a Eliseo [Diego], Cintio [Vitier] y Fina [García Marruz], a quienes también visitaba por aquella época, cuando trabajaban en la Biblioteca Nacional.

*¿Conoció usted personalmente a José Lezama Lima?*

Sí, lo vi una noche en la Embajada de España, y allí estaban Cintio, Fina, Eliseo, el padre Gaztelu... Me acerqué a Lezama, que estaba vestido de gris, con su cabeza cana, pálido, fumando todo el tiempo, envuelto en bocanadas de humo... Escuché su voz, aquella forma particular que él tenía de acentuar. Desde luego, yo callado, para escuchar todo lo que pudiese.

No tuve la oportunidad de construir una amistad con Lezama, como la que tuve hasta su muerte con el padre Gaztelu, o con Eliseo y Bella, o he tenido hasta hoy con Cintio y Fina.

De alguna manera me introduje en esa familia, que era muy afín porque sus grandes preocupaciones eran las mías. Junto a ellos, hasta hice mis intentos de actor teatral, cuando me seleccionaron para un papel protagónico de *Canción de Navidad*, de Charles Dickens, cuya puesta en escena se realizó en la casa parroquial de San Antonio de Padua, en Calabazar. Allí conocí también a Octavio Smith, quien tomaba apuntes en el seno de aquella improvisada comunidad de actores.

Así, entre lecturas y melodías, quisimos imitar a los fundadores de *Orígenes*, junto a Silvio [Rodríguez] y Amaury [Pérez], además de nuestras respectivas familias. De ahí mi amistad con José María y Sergio, los hijos de Fina y Cintio.

*Una vez pregunté a Cintio Vitier si era imprescindible la catolicidad para tratar de definir la esencia de lo cubano, y su respuesta fue: «En cuanto a la “catolicidad”, que significa ecumenismo, universalidad, ha sido siempre aspiración de lo cubano mejor».*

*Para usted, que ha hecho valer su fe cristiana contra viento y marea, ¿de qué manera está implícita la dimensión religiosa en su desempeño vital?*

Más que como una profesión de fe, diría que como una profesión de libertad... la libertad que tiene todo ser humano de escoger un modo de conducta, de ser singular dentro de la sociedad en una u otra forma.

Hubo un momento crucial en mi vida que separé fe de ideología; separé mi lealtad a la Revolución, mi cariño y admiración por el pensamiento de Fidel y por su obra, de mi fe religiosa. Es cierto: de pronto me encontré en el medio, entre dos corrientes, entre dos sectarismos. Pero felizmente esos tiempos han quedado atrás.

Yo tengo una formación cultural cristiana, pero hoy soy más humanista; veo las cosas con un sentido más amplio, más planetario, más participativo... Hoy yo creo en esa noción del bien y de la justicia que gravita sobre la sociedad, y que entiendo debe ser la legítima aspiración de todo ser humano. Creo en una ética universal que se nutre tanto del aporte cristiano como del aporte judío, los cuales — en definitiva — hacen un tronco común con las religiones orientales, con el islamismo, como sucedía en las Españas de antes de la Reconquista, cuando convivían en armonía los tres credos monoteístas.

Creo, a la vez, en las aportaciones de los pueblos que vinieron a Cuba en esclavitud y nos contagiaron con su mística, signando nuestra cultura...

No puede explicarse tampoco «lo cubano mejor» sin las raíces africanas; más que con la raza negra, con los aportes de la cultura africana en genérico, porque es un concepto mucho más abarcador

que incluye también el África árabe. Como también hay que sopesar el aporte chino.

Entonces, esa concepción del mundo, esa evolución de mi pensamiento, me ayudó muchísimo a conformar mi «estar» en la sociedad cubana, a renunciar a la tentación de irme, a enraizar en mi voluntad de permanecer y dar testimonio. De nunca creer que el cristianismo podía ser un escape o un escudo para oponerse a las reformas sociales, a los derechos de todos los cubanos.

Yo creo que en 1986, cuando el Encuentro Nacional Eclesial Cubano hace una reconsideración profunda de lo que había sido el pasado de la Iglesia y de sus relaciones difíciles con la Revolución en los primeros momentos, se clarifican muchos puntos para bien.

No olvidemos nunca que, antes de 1959, excepto en las escuelas parroquiales, no había un solo niño negro en ningún colegio católico de envergadura. Recuerdo muy bien cuando fue ordenado el primer sacerdote negro cubano, el padre Arencibia, a quien después conocí personalmente en su iglesia de la parroquia de Santa Bárbara.

Pienso que el triunfo revolucionario significó un encontronazo con viejos estilos de vida, con las formas arcaicas de una sociedad en que la religiosidad católica se identificaba con las tendencias aristocratizantes, limitantes, excluyentes...

Como también es imprescindible decir que la sociedad republicana tuvo virtudes, instituciones y personalidades venerables, grupos sociales que se preocuparon profundamente por la justicia; de lo contrario, el propio proceso revolucionario sería inexplicable.

Al final tuve fe en Dios, y también confianza en la Revolución y en Fidel. Cuando en 1993 ingresé en el Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC), él sabía que yo era un hombre de fe. Así, durante el IV Congreso, me correspondió a mí defender el derecho de los creyentes a tener la libertad y la opción de poder ingresar en esa organización política que fue fundada por una figura apolínea de la juventud cubana: Julio Antonio Mella.

Efectivamente, viví momentos difíciles; tuve momentos de duda; afronté incomprendimientos... pero logré vencerlas. Ésta es la verdad. Mi verdad.

*¿Es cierto que fue llevado para las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP)?*

Sí, es cierto. Fue un momento terrible del que he dejado constancia escrita en el elogio que hago a la fallecida esposa del reverendo Raúl Suárez. Allí hablo de aquellos días tremendos, del momento en que también me llevan a mí, a pesar de ser una persona conocida por su austeridad, por mi mamá, por mi casa... No había nada en nuestras vidas que pudiese ser contrario a la sociedad que se estaba construyendo y de la cual yo era partícipe. Sin embargo, me llevan...

¿Quién me saca de eso? ¿Quién me salva? Yo fui a hablar con Aida Santamaría, la hermana de Abel y de Yeyé [Haydée]. Conocía a Aida porque ella se desempeñaba como directora de Prevención, Asistencia Social y Recreación de la Administración Municipal de La Habana, con sede aquí mismo, en el Palacio de Lombillo. Enseguida me indicó ir a ver a Yeyé, quien ya tenía muchas noticias de gente que se estaban llevando absurdamente.

Ella, Haydée, se encolerizó. Recuerdo que estaba lloviendo y tenía un paraguas en la mano. Golpeó fuertemente con aquella sombrilla en el suelo y me dijo: «Para que estas cosas no pasaran en Cuba, yo fui al Moncada».

Movió todo y me sacaron del pedido. Volví pelado a recuperar mi puesto de trabajo, al cual previamente me habían hecho renunciar. Fue toda una labor persuasiva de los que vinieron a mi casa para tratar de convencerme de que aquello no era un castigo, sino que en ese momento era más importante cultivar la tierra que tener esos sueños de hacer un Museo de la Ciudad, de continuar la labor de Emilio Roig de Leuchsenring...

De pronto me sentí desterrado de aquel sueño, y solamente pude recuperarlo gracias a la bondad de esas dos mujeres. Hubo también un compañero de trabajo que fue muy importante en ese trance. Su nombre era Aquilino González y fungía como comisario político en el gobierno de la Ciudad de La Habana.

Hombre de profundas convicciones marxistas, de sólida formación ideológica, Aquilino me defendió en el seno de los trabajadores para que pudiera regresar a mis empeños. Ya nunca más, ya nunca más nadie pudo molestarme. ¿Por qué? Porque allí estaban para defenderme los jóvenes comunistas del Comité de Base «Raulín González», que me habían conocido como secretario del padre de Raulín. Allí estaban las compañeras de la Federación de Mujeres Cubanas que me habían prohijado cuando apenas era un muchachito de 17 años, delgado, casi enfermizo, y que —sin embargo— con tanta vehemencia había enseñado en la Campaña de Alfabetización, había publicado un periódico para los alfabetizadotes llamado *El Avanzadito*, los había alentado a entrar en las barriadas de La Habana donde muchos no se atrevían. Y allá fuimos: al Globo, a Pan con Timba... a todos aquellos barrios temibles, y sin embargo logramos que la gente nos respetase.

Encendíamos en las noches nuestras lámparas, porque salíamos a alfabetizar después del horario laboral.

Todo eso lo recordaba esta gente que sufría al enterarse de que me habían sacado del trabajo cuando ya todo estaba a punto para que la JUCEI abandonara el antiguo Palacio de los Capitanes Generales y comenzara su restauración, que —en definitiva— se me encargó a mí en el primer acto después de su partida.

*Al enaltecer el significado de Haydée Santamaría para toda su generación, Silvio Rodríguez expresó: «Todos los que conocimos su honestidad quemante, su esencia piadosa y su pasión por la justicia estamos en las mismas. El vacío que nos dejó tiene una dimensión irremplazable».*

Nadie mejor que Silvio para haber pronunciado esas hermosas palabras cuando recibimos aquella medalla en Casa de las Américas, pues como él dijo: «Llevar a Yeyé sobre el pecho es una invitación a ser honestos, a ser humanos cabalmente». Al igual que el del famoso cantautor, mi destino hubiera podido quedar tronchado de no ser por la humanidad de esa mujer, como también el de Pablo Milanés, Noel Nicola y muchos artistas e intelectuales más.

Coincido con Alfredo Guevara cuando afirma responsablemente en su más reciente libro, *¿Y si fuera una huella?*, en nota aclaratoria a una importante carta allí reproducida: «La UMAP no debió ser y no debió durar».

Pasada aquella experiencia amarga, viene el Salón de Mayo de 1968 y comienzan mis vínculos con el propio Alfredo, además de intercambiar con otras personalidades como Celia Sánchez, Jesús Montané, Carlos Rafael Rodríguez, Juan Marinello y Raúl Roa, a la par que estrechaba mis lazos con Yeyé y Mariano Rodríguez.

De esa época data mi encuentro con Silvio y otros creadores irreverentes, con ganas de revolucionar el arte, de modo que éste influyera sobre la realidad circundante y respondiera al espíritu de su época. Recuerdo —entre otros— a la cineasta Rebeca Chávez, al arquitecto Fernando O' Reilly y a mis amigos inquilinos de Mercaderes 2, aquí, frente al Palacio de Lombillo. Yo solía visitarlos a la caída de la tarde. Tenían las puertas abiertas los muy jóvenes entonces Juan Moreira y Alicia Leal; el agradable y hospitalario Onelio Jorge Cardoso; el más retraído y callado Carlos Boix, y asomándose a su pequeño balcón, el pintor Manuel López Oliva, siempre pendiente de la vida de la ciudad. También vivían allí Zoe Valdés y Manuel Pereira, quien fuera una de las primeras personas en realizarme una entrevista personal.

«*Cara a cara con Eusebio Leal*», publicada en Cuba Internacional, a fines de 1977. Pero hay dos anteriores, según he comprobado en su Biobibliografía: una hecha por Nicolás Cossío para la revista Bohemia,

*en 1968, y otra por Tania Díaz Castro para Constructores, en 1971, todas relacionadas con su labor en el Museo de la Ciudad.*

Gracias por recordármelos. Son los gestos que uno nunca debe olvidar, porque hay que tener siempre prenda de gratitud para aquellas personas que reparan en tu quehacer cuando a muchos les parece irrisorio. Como tampoco olvido a Orlando Castellanos, el creador del programa *Andar La Habana* en Radio Habana Cuba. De esa experiencia radial nace la versión televisiva gracias al entusiasmo de una mujer: Deisy Cao.

Entonces, ni por asomo pensábamos tener una estación propia como Habana Radio, o el sistema de publicaciones bajo el sello de Ediciones Boloña, o una revista ilustrada como *Opus Habana*.

*Volviendo a la experiencia de la UMAP. ¿Quizás entonces en el rechazo hacia ese «inciso», que «no capítulo de la Revolución» —al decir de Guevara en su mencionado libro—, radique una de las claves para descifrar la emotiva intervención que usted hizo en el VII Congreso de la UNEAC, cuando invocó al abate Sieyès (1748-1836) y su famosa frase: «Sobreviví a ella», es decir, a la Revolución Francesa?*

Aunque parezca poco creíble, siempre me he considerado tímido. Tal vez me salve el haber interiorizado el ejemplo de Martí en cuanto a que la mejor forma de no temer al soldado, es serlo. Con esto quiero decir: hay momentos en que hay que dar la cara, y dejar a un lado los devaneos.

A estas alturas de la vida, mi visión del mundo es que sólo el socialismo puede depararnos un futuro digno. Pero no puede ser un socialismo torpe, ni facilista, ni copista, ni eventual... sino un socialismo creativo y renovado, pues ya no existe un modelo preconcebido.

Sobre esa base es que a continuación pueden descifrarse —como dices— las claves de mi intervención en el Congreso de la UNEAC.



Y podría resumírtelas en una frase: ya que hemos luchado tanto por la unidad, tenemos que luchar por la pluralidad. Y, sobre todo, por respetar al máximo la diversidad. Creo en el derecho a ser singular. Lo soy y trato de serlo, pero dentro de la lealtad.

Cuando mis hijos me dijeron que querían abrirse un camino en el mundo, no me opuse; sentí el dolor de que no me acompañaran en mi batalla aquí, pero me siguen acompañando en la distancia. En nada me avergüenzo de ellos, todo lo contrario: creo que han sido muy generosos conmigo y, aunque no me es lícito arrepentirme, a veces tengo angustia por no haberlos podido acompañar cuando quizás les hice falta.

Inmerso en la obra que me propuse, en el afán de crear, construir, restituir..., he priorizado esa meta con el costo que ello supone para quienes intentaron acompañarme en la vida íntima, además de tener que lidiar con mis imperfecciones.

Desapegado de lo personal, es quizás por ello que busco consuelo en el coleccionismo, en conservar objetos raros, cosas que para los demás pudieran parecer extrañas...

*Una de las principales muestras de su aguda sensibilidad artística es el entendimiento de las artes plásticas, las cuales —de hecho— ha cultivado personalmente, como el dibujo y la pintura. ¿Cuáles son sus pintores cubanos preferidos? Cuéntenos sobre el origen de su colección de porrones ilustrados por pintores de todas las generaciones.*

Siendo todavía un adolescente, fui a la Academia de San Alejandro, pero por las razones ya esbozadas en esta suerte de biografía que hemos hecho al vuelo, no pude mantenerme allí. Entonces me dirigí a la casa del pintor Enrique Crucet para que nos diese clases a mí y a otros jóvenes sobre la preparación de las telas, el dibujo...

Crucet había sido discípulo de Sorolla; había conocido a Picasso y trabajado en el estudio de Cecilio Pla, en España... Aunque era un

pintor académico, tenía una inspiración muy noble que le hacía diferir de ese academicismo puro que ya entonces estaba fallido y agotado.

Conservo todavía algún que otro dibujo, alguna que otra cosa de aquellas que hice en aquel tiempo: carboncillos, apuntes... pero, en esa dirección, mi vocación pictórica —digamos— se extravió.

Posteriormente, al comenzar mi vida de trabajo, tuve la oportunidad de conocer a muchos artistas, no solamente pintores, sino a personalidades del cine, el teatro, la música, la danza, la literatura... Y es que, cuando tuve la primera oportunidad, comencé a asistir a las actividades culturales promovidas por Extensión Universitaria.

Era asiduo a la recién fundada Cinemateca en los cines Rialto, el actual Chaplin y La Rampa; sobre todo esta última sala me encantaba. Entonces conocí a Harold Gramatges, María Teresa Linares, Argeliers León, María Antonieta Henríquez, Hilario González... por citar a los músicos. Y, paralelamente, a varias figuras reconocidas de la plástica cubana: Víctor Manuel García —por ejemplo—, quien vivió algún tiempo en esta misma casa donde ahora estamos tú y yo.\* Pero yo lo conocí en la Plaza de la Catedral, en los altos del recién inaugurado restaurante El Patio.

Luego, al abrírseme la Casa de las Américas, conocí a Mariano [Rodríguez], René Portocarrero, [Raúl] Milián... a los escritores Manuel Galich y Roberto Fernández Retamar, entre otras personalidades vinculadas a esa institución de tanta importancia para nuestra cultura, como ya hemos señalado. Asistía a sus conciertos y exposiciones; de ahí mi encuentro con Leo Brouwer, Isaac y Noel Nicola, Pablo Milanés, Silvio Rodríguez... y, por supuesto, Alfredo Guevara, quien fue para mí como un mentor, como un patrón de referencia para guiarme en el mundo intelectual y artístico.

Hago énfasis en estos antecedentes para acentuar la idea de que, imbuido por esos contactos con el mundo del arte, mi espíritu nece-

\*Para este momento de la entrevista, el Historiador de la Ciudad ya se había trasladado desde el Palacio de los Condes de Casa Lombillo a la Casa Pedroso, su sede actual.

sitó un espacio para encauzar eso que has llamado «aguda sensibilidad artística». Si así fuera, dicha agudeza estaría expresada — ante todo — en mi afán por el coleccionismo.

No puedo hablarte de una sola colección, sino de muchas: sellos, marquillas de tabacos, esculturas, lienzos antiguos, imágenes religiosas... En el caso de estas últimas, apartadas con motivo de las grandes reformas litúrgicas, me eran entregadas por sacerdotes amigos que no vacilaron en regalarme u obsequiarme aquella pieza que ahora parecía obsoleta y que para mí era como un enlace entre el pasado, el presente y el futuro.

El hecho es que conocí a muchas personas ya mayores en el momento que declinaba una antigua sociedad en Cuba. Con ayuda de ellas pude elevar ese coleccionismo a una gran tarea pública como fue la creación del Museo de la Ciudad en el antiguo Palacio de los Capitanes Generales, junto al engrosamiento del acervo patrimonial que hoy atesora.

Por otra parte, mi culto eterno a la Arqueología me hizo buscar exponentes que después utilizaba en mis propias conferencias durante los viajes que realicé al interior del país, llevando todo aquello que podía ser útil para explicar.

Siempre me llamó la atención, cuando iba a las movilizaciones durante la zafra, un objeto que para mí era la constante de la artesanía o alfarería popular española. Junto a la vega de tabaco o los campos de caña, ese objeto permanecía así, como omnipresente, en la vida cubana. El llamado por nosotros «porrón».

En España, hoy prolifera para los turistas ese tipo de vasija. Pero el botijo autóctono se ve menos, el famoso botijo de segador, que era el que llevaban al campo los que cortaban el trigo y otras cosechas.

Por el profesor Rodríguez de la Cruz, quien tenía un taller en Santiago de las Vegas, conocí que allí se habían hecho porrones pintados. Y entonces traté de coleccionar lo imposible: un porrón de Amelia Peláez — a quien, por cierto, no conocí nunca personalmente —, un porrón de Portocarrero, un porrón de Mariano...

Lo más asombroso es que —al final— lo logré, y entonces decidí que sería muy bonito que todos mis amigos artistas pudiesen realizar piezas exclusivas, decoradas especialmente para mí. De esa manera, muchos pintores que nunca habían hecho cerámica se atrevieron a incursionar en el género, con la ayuda incondicional de Amelia Carballo y Ángel Norniella en el taller Terracota 4. Y se dio el caso de ver un día a un grupo de grandes amigos, reunidos ellos, cada uno entusiasmado haciendo su porrón.

Sería imposible citar a todos los que han dejado su impronta en esa colección porque suman cerca de un centenar, pertenecientes a varios estamentos generacionales. Digamos que está la generación de Zaida del Río, Roberto Fabelo, Nelson Domínguez, Pedro Pablo Oliva, Ernesto García Peña, Choco... a los que se suman hornadas más recientes, difíciles de definir epocalmente, como Cosme Proenza, Sandra Ramos, Agustín Bejarano, Ernesto Rancaño, Carlos Guzmán, Vicente Hernández...

También hay piezas de artistas residentes fuera de Cuba, como Tomás Sánchez, José Bedia, Moisés Finalé...

En fin, es una hermosa colección que me ha dado mucha satisfacción y no pocas alegrías.

*Cuando se ha referido a aquellas personas ya mayores que conoció «en el momento en que declinaba una antigua sociedad en Cuba», pensó inmediatamente en su amistad con Dulce María Loynaz.*

Y junto a Dulce María [Loynaz], podría mencionarte a María Teresa Bances, viuda de José Francisco Martí, el hijo del Apóstol, y a María Teresa Armenteros, viuda de Albear... Y es que, como yo era ahijado de los Albear, desde que tenía 14 años estuve muy cerca de ese mundo íntimo que ellos conservaron tras el triunfo de la Revolución.

Date cuenta que la casa de los Albear en el Vedado, en E 408, es contigua a la de los Loynaz. Por lo que yo asistía con asiduidad, una

o dos veces cada semana, a la tertulia privada o personal con Dulce María. Así, por intervalo de casi 15 años.

En esa tertulia escuchaba a aquellas personas ya mayores que habían decidido quedarse en Cuba, entre los cuales había antiguos nobles en extinción como el Marqués de Aguas Claras, o el Conde de Laguni-llas. Ellos me dejaron testimonios de un tiempo ido, de un tiempo a veces perdido, y también de las cosas que habían prevalecido.

*¿Fue gracias a Dulce María Loynaz que prevaleció la Academia Cubana de la Lengua, no?*

Hubo un momento en que las distintas academias fueron languideciendo o disueltas, en tanto eran asociadas a ese tiempo ido. Para llenar el vacío de esas instituciones, cuyo reglamento y forma de vida intelectual eran consideradas arcaicas, fueron creadas nuevas instituciones culturales en Cuba.

Pero ninguna de estas últimas podría suplantar el significado de la Academia Cubana de la Lengua como academia correspondiente de la Real Academia Española, esa institución de los países hispanohablantes que, aparentemente conservadora para algunos —pues su principal meta es la preservación de la lengua—, ejerce una influencia muy positiva al esforzarse porque el lenguaje formal se mantenga en sintonía con la actualidad.

La esencia del asunto radica en que una cosa es la Academia, y la otra, el academicismo a ultranza. En ese sentido, Dulce María tuvo el acierto de llamar a ese hombre ilustre que fue José Antonio Portuondo, dándose cuenta de que era indispensable que dicha institución se encaminara en correspondencia con la realidad cubana, de lo contrario se perdería para siempre. También habló con Lisandro [Otero], y, detrás de él, entramos nosotros.

Podría decirse que sí, que en gran medida la Academia Cubana de la Lengua se mantuvo latente gracias a Dulce María Loynaz, quien

sólo rompía su vida de enclaustramiento para dictar una que otra conferencia al amparo de dicha institución, que a su vez mostraba su vigencia gracias al prestigio de la eximia poetisa y novelista.

En mi caso, tras escucharme en largas conversaciones sobre *El Diario Perdido* de Céspedes, ella consideró que en la Academia tenía que estar presente también una especie de cubano que, a su juicio, estaba en extinción: el orador. Decía tener en mente a [José Antonio] Cortina, [Rafael] Montoro, [Manuel] Sanguily, al propio Martí..., entre otros reconocidos oradores cubanos.

Dulce María consideró siempre que la oración pública, la improvisación sobre la base del conocimiento y el cultivo de las letras y de la historia, era esencial en el carácter cubano. Por eso me llevó al seno de la Academia, adonde yo ingreso en 1993.

La Academia Cubana de la Lengua se estableció en La Habana en 1926, y su primer director fue —ni más ni menos— que Enrique José Varona, uno de nuestros más importantes filósofos y pensadores.

Mi letra, la F, fue ocupada en el pasado por distinguidas figuras como Raymundo Lazo. Hoy, me acompañan prestigiosos intelectuales de diferentes ramas de las Humanidades, lo que hace que sea una Academia vivaz, alejada de todo falso empaque o enquilosamiento.

*En «La elegida», una de sus pequeñas historias de Bocas del tiempo, Eduardo Galeano invoca a La Habana mediante la figura del Caballero de París. Y al referirse a sus restos yacentes en el Convento de San Francisco de Asís, afirma el reconocido escritor uruguayo: «(...) Allí, en el lugar que merecía, lo enterró Eusebio Leal, que siempre ha sido, también, loco por ella.*

*»En ella duerme, ahora, el Caballero: en esa dama destartalada y altiva, llamada La Habana, que vela su sueño (...).*

*¿Cómo explicar nuestra inclinación afectiva hacia ese personaje delirante? ¿Acaso porque su trágica historia moviliza en nosotros ese sentimiento mayúsculo que es la piedad?*

Su nombre verdadero era José López Lledín, el único orate a quien ningún habanero hubiera ofendido de palabra o de obra.

Si recuerdas, en *Fiñes* relato cómo lo conocí cuando yo era todavía un niño y me regaló una manzana roja después de haber mantenido un insólito diálogo con él. Nunca aceptó limosnas, pues te daba siempre algo a cambio...

Con su perfil severo de rabino, la hirsuta cabellera blanca en palmos sobre la espalda, ataviado de negro y de capa corta... el Caballero de París es un símbolo de la inconformidad del hombre con su destino. Hay algo de drama quijotesco en su existencia que nos inspira esa mezcla de amor, compasión, lástima, respeto, cariño, ternura... todo lo cual se resume, ciertamente, en ese sentimiento mayúsculo que es la piedad.

Al trasladar sus restos mortales desde el pequeño cementerio de Santiago de las Vegas y depositarlos en la cripta de la Basílica Menor de San Francisco de Asís, fue como si hubiéramos otorgado veracidad a su delirio imaginativo. Allí yace junto a virreyes, arzobispos, almirantes, comendadores y otros tantos señores de la antigua ciudad, entre ellos don Luis de Velasco, el defensor hasta la muerte del Castillo de los Tres Reyes del Morro durante la invasión inglesa a La Habana en 1762.

*Como abogado, Emilio Roig de Leuchsenring se pronunciaba contrario a la pena de muerte ante la tragedia de poder incurrir en un error y condenar a un inocente. ¿Cuál es su posición al respecto?*

En principio, comparto el criterio de Roig, pero no puedo sustraerme a la realidad del mundo que nos rodea. Sabemos de las amenazas de magnicidio que, durante años, se cernieron sobre la figura de Fidel —por ejemplo—, entre otras verdades que demuestran hasta qué punto existen enemigos que estarían gozosos de cobrarnos nuestras vidas si pudieran lograrlo, incluso de personas totalmente inocentes como ocurrió en el horrendo crimen de Barbados.

Por ahora, apoyo que en nuestro Código penal se mantenga la pena de muerte, pero que no se aplique. Como cristiano, creo que el mayor castigo para un culpable es vivir en aislamiento, más que morir.

*En contraposición al enjuiciamiento severamente crítico y descontextualizado de la vida de los próceres, usted se ha ceñido siempre a la máxima de que «todo aquel que sirvió a la patria lleva una estrella en su frente». De hecho, al revelar El Diario Perdido de Carlos Manuel de Céspedes, usted reconoció que «como todos los cuerpos que reciben una luz intensa», también el del Padre de la Patria «proyecta sombra, y es necesario estudiar y analizar con seriedad y respeto profundo los avatares que enfrentó y el tiempo que le tocó vivir».*

*¿Ha pensado Eusebio Leal Spengler en cómo será enjuiciado por las futuras generaciones?*

Cuando *El Diario. Perdido* de Céspedes cayó en mis manos, me encontré ante una disyuntiva: publicar o no aquel testimonio que nos revelaba —entre otros avatares— los días que siguieron a su deposición como Presidente de la República en Armas, hasta pocas horas antes de caer abatido por las balas en San Lorenzo, cuando ya se le había retirado incluso la escolta que debía velar por su vida.

La opinión de los estudiosos cespedianos que consulté se encontraba dividida: unos pensaban que no debía publicarse porque podría empañar la imagen del Padre de la Patria. Otros, que sí, pues dignificaba a aquel hombre de carne y hueso que había tenido el valor de liberar a sus esclavos y proclamar el grito de independencia. Decidí publicarlo a cuenta y riesgo.

Explico esto porque siempre será una incógnita el cómo seremos enjuiciados por las futuras generaciones. ¿Sobre qué fundamentos o valoraciones establecerán su juicio? ¿Mirarán hacia su pasado con la suficiente amplitud de matices para entender que cada cual es hijo de su tiempo y, como tal, sucumbe a sus contradicciones y desvelos?



En todo caso, nadie debe avergonzarse de su historia. Traté de ser consecuente como ser humano a pesar de mis debilidades y flaquezas. Tengo la esperanza de que ese juicio sea benévolo.

*Si partiéramos de que La Habana es nombre de mujer, ¿cuánto hay de belleza femenina en esta ciudad que ha pretendido rescatar de la desidia y el tiempo? ¿Cuánto ha significado para usted como fuente de inspiración el sentirse enamorado, no ya sólo de su ciudad, sino de una fémina de carne y hueso?*

Suelo ampararme en citas de Martí para expresar aquello que sentimos hacia la mujer «de carne y hueso», como dices.

«¿De mujer? Pues puede ser que mueras de su mordida, pero no empañes tu vida diciendo mal de mujer», es uno de esos versos martianos que, aunque sacados de contexto, constituyen una máxima.

Hay una diferencia entre el reclamo del amor que se forja y el amor de la pasión, que solamente es de un día: «Los amores vulgares envenenan y ofuscan. No es hermosa la fruta en la mujer, sino la estrella», escribe también Martí en su poema «Hierro».

Creo tener cierta facilidad para acercarme al complejo pero maravilloso carácter y espíritu de una mujer. Pero más de una vez me ha sucedido que ellas se enamoraban del personaje y no del hombre real, pues este último les resultaba decepcionante.

Para muchas lo fue. Decepcionante porque era un hombre sin tiempo que, cuando llegaba, estaba marchito. El hombre de las palabras de ayer se convertía en el hombre silencioso y taciturno de hoy, obligado prácticamente a cumplir todos los días un papel que no era otro que el del personaje que yo había creado e impuesto a mí mismo. Ese personaje que se identifica por mi nombre: una forma de vestir, una forma de andar, una forma de decir, una forma de comportarse, una disciplina ante el trabajo... Y, con breves espacios

de libertad, también un hombre capaz de rendirse a la más encendida de las pasiones por una mujer bella y atractiva.

Mis mejores amigos son amigas, o sea, mujeres.

«Nada perdura sin la gracia. La mujer, de instinto, divisa la verdad y la precede», clarifica Martí.

*Volvamos a un momento de su infancia que usted mismo ha narrado: aquel día cuando cruzó el paseo de Carlos III para contemplar esa escultura de mujer que, en una de las paredes de la Facultad de Medicina Veterinaria, extiende sus manos sobre unos lebreles en representación de la compasión humana. Allí leyó por primera vez el latinajo: Verba Volant, Opra Manent (Las palabras vuelan, pero la obra permanece).*

*¿Cree que su obra de restauración de La Habana Vieja perdurará?*

Cuando manos amigas decidieron publicar mis discursos y conferencias de una etapa, rescatándolos de la vorágine de la elocuencia o la inexactitud de mi memoria, decidí que ese libro se llamaría *Verba Volant*.<sup>\*</sup> Tenía en mente la imagen de aquella escultura de mujer que, siendo todavía un niño, me había impresionado cuando descubrí en los capiteles de sus columnas, talladas en piedra, cabezas de perros, gatos y caballos.

Una inscripción en latín desafió enseguida mi curiosidad: *Verba Volant, Domus Manent...*, pero nadie podía responderme cuál era su significado, hasta que don Antonio, el noble asturiano a quien tanto quise por su paternal afecto, pudo descifrarme el enigma: «las palabras vuelan, la casa queda».

Sin embargo, a punto de publicarse el libro, consulté a la doctora Vicentina Antuña para corroborar su significado. Ella me explicó que esa cita suele referirse más a la Obra (*Opra*) que a la Casa (*Domus*).

<sup>\*</sup>*Verba Volant* (Ediciones Electa, Milán, 1990).

Yo he creído siempre en el poder de la obra, de la obra consustancial a la compasión no solamente por las personas y los animales, sino por las cosas que testimonian nuestro paso como criaturas por el mundo...

Siempre que hallé en mi camino palacios abandonados, muebles derruidos, vitrales rotos... era como si escuchara a Dulce María [Loynaz] preguntándose en su largo poema *Los últimos días de una casa*: «Y entonces, digo yo: ¿Será posible/ que no sientan los hombres el alma que me han dado?»

Ha sido mi meta responder a la pregunta de la casa agonizante en nombre de La Habana, esa ecléctica «ciudad de las columnas» que [Alejo] Carpentier describe admirablemente en su ensayo homónimo.

Durante más de 45 años, he perseverado en la búsqueda del alma de La Habana Vieja, tratando en primer lugar de rescatar sus símbolos, sin los cuales esta urbe fuera otra cualquiera. He luchado... y sabes que hay siempre un riesgo cuando tú pides, cuando reclamas algo en aras de un ideal, y por disímiles razones hay quienes se oponen.

Ni arquitecto ni urbanista me considero, sino un restaurador... un restaurador de voluntades, un predicador que todos los días, cuando termina, siente un agotamiento inmenso, como si estuviera derrotado. Sin embargo, la ilusión de lo imposible me hace volver a emprender el camino, cuyo fin quizás ya no veré.

Incluso, cuando recibo premios, siento un alborozo efímero y termino asumiéndolos como un aliciente temporal. No voy a andar con falsas modestias: los agradezco porque confirman la singularidad de nuestro proyecto a nivel internacional. Así lo sentí cuando, con motivo de otorgársenos hace unos pocos días, en París, la Medalla del Decenio Mundial del Desarrollo Cultural de la UNESCO, su subdirectora general, Françoise Riviére, expresó textualmente que La Habana Vieja es «epicentro de experiencia creativa en el patrimonio mundial».

Pero a la par que agradecíamos esa altísima distinción, fue para mí motivo de orgullo el tener la oportunidad de mostrar a Ricardo Porro las imágenes de las ya restauradas por nosotros Escuelas de Artes Plásticas y de Danza Moderna, que él concibiera como parte de las Escuelas Nacionales de Arte de Cubanacán, esa obra sin parangón en la arquitectura cubana contemporánea.

Con la primera de esas escuelas, él se propuso expresar el lado negro de la cubanía, pues hasta ese momento sólo se había hecho arquitectura aristocrática, o sea, el lado blanco. Y para ello se inspiró en Ochún, que —como Gea, en Grecia; Diana, en Efesos...— simboliza la fecundidad. De ahí las cúpulas-senos; la papaya que, en el centro, dota de sexualidad al edificio...

Bien conoce Porro la importancia de las decisiones políticas, y como gran arquitecto que es, sabe que uno debe aprovechar las oportunidades que se le dan, que uno debe aprender a poetizar los espacios que se le dan.

Ahora mismo no duermo, pensando en el Teatro Martí. Estoy seguro que lo veré terminado, pero faltan tres o cuatro años de trabajo, como mínimo. Y ya sueño con el Teatro Campoamor; ya me veo metido en la batalla por restaurar el Palacio del Segundo Cabo, de tanta significación arquitectónica como el Palacio de los Capitanes Generales, ambos proyectados por el ingeniero militar Fernández de Trebejos y Zaldívar.

Pero es también el desafío inminente del Capitolio Nacional, que he reclamado, que he pedido se me conceda la oportunidad de intervenirlo ahora. No a mí; no hablo con carácter personal; soy casi el mascarón de proa, el tajamar de un grupo de profesionales dispuestos a luchar por tales empeños.

Entonces, para volver al inicio: yo creo que ese hermoso retablo me transmitió una clave para toda la vida, expresada mediante la frase *Verba Volant, Opra Manent...* Imagen que relaciono siempre con aquella otra que me impresionó un día, cuando la encontré en

ese laberinto que es la Necrópolis de Colón: el sepulcro de Jeannette Ryder, la fundadora del Bando de Piedad, como era llamada la Sociedad Protectora de Niños, Animales y Plantas.

Una escultura conmemorativa representa el cuerpo exánime de esa filántropa norteamericana y, a sus pies, yace una perrita que parece dormir o descansar. Se llamaba Rinti y, tras el fallecimiento de su dueña, rechazó los alimentos y el agua que le daban los cuidadores del cementerio, hasta también morir.

«La tumba de la lealtad», le dicen.